



BAJO LA TIENDA

9/101-42 } 1 1/2 ciers

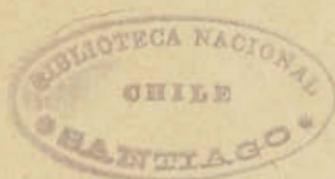
D. RIQUELME

BAJO LA TIENDA

RECUERDOS DE LA CAMPAÑA

AL PERÚ I BOLIVIA

1879-1884



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA DE «LA LIBERTAD ELECTORAL»

41, BANDERA, 41

La Derrota de Calama



LA DERROTA DE CALAMA



La division del coronel Sotomayor acababa de internarse en el desierto en demanda de las fuerzas bolivianas que se habian atrincherado en aquel paraje.

La nube de rojizo polvo que cubrió su retaguardia, bien hubiera parecido siniestro telon que se alzaba entre ella i el resto de la comunidad civilizada, al verla hundirse en esos páramos africanos, en los que la arena tiene tempestades como el mar i la soledad traiciones como la jente, si la loca alegría que en la colonia chilena de Antofagasta despertaba ese suceso, casi milagroso] para ella, dejara en los

corazones sitio a sentimientos de otra especie.

Hoy se dicen muchas cosas de aquella expedición; aun no faltan quienes la apelliden la primera salida que de su tierra hizo el hidalgo Don Quijote.

Afortunadamente, tales apreciaciones, tanto mas fáciles cuanto mas retrospectivas, están todas al márgen de mi tarea de simple i quiteño pintor de retablos callejeros, por manera que si de ellas hago memoria es como de un sujeto a quien se topa en el camino i nada mas.

I lo cierto i callejero es que el pueblo hebreo saludará, sin duda, al Mesías que espera, como aquellos nobles precursores de la reivindicación de Antofagasta, aclamaron la bandera patria, desplegada al viento del desierto en son de rebautizar de chileno el suelo que para ellos nunca dejó de ser suelo de Chile.

*
* * *

Pero la columna expedicionaria no iba todavía a medio camino i ya la impaciencia quería

tener noticias de sus resultados, alimentándose, en defecto, de invenciones por no devorarse a sí misma.

Los rumores eran, pues, almuerzo, merienda i cena.—I como la Comandancia de Armas pasaba en un continuo desmentir tantos antojos, la jente, contrariada, comenzó a desconfiar de ella cual si tuviera algo tapado.

¿Cómo era posible que nada supiera cuando en el pueblo se sabia esto i lo otro?

¿Habria ocurrido alguna desgracia?

I de rato en rato, lentamente, a partir de ese momento, fué soplando ese extraño viento de angustia, indefinible no sé qué de las multitudes, que solo puede compararse a lo que las viejas llaman desasosiego en la fiebre.

Eran, en verdad, los primeros grados de la fiebre que iba a producirse en breve.

Ya fuera por la cuenta conocida de las jornadas, o por ese sonambulismo popular que en la expectativa de los grandes acontecimientos llega a la cuasi-vision de sucesos lejanos, ello es que en un buen dia estalló la noticia de que el esperado combate se peleaba en esos instantes en el lugarejo de Calama.

Desgraciadamente, nadie tenía pormenores.

Se acudió a la Comandancia, como era natural; pero esta oficina juró o perjuró una vez mas que nada sabia.

Esto era ridículo.—¡Escusas para niños solamente!

¡Algo ocultaba!

I si ocultaba... ¡era claro!—Solo se ocultan las malas noticias.

I no hai mas trajines i emociones, comentarios i caras largas en torno del lecho de la jóven primeriza, cuyo esperado i feliz alumbramiento se complica inopidamente, que en la ciudad de Antofagasta a la espera de cualquier noticia que diera a luz la Comandancia.

Pero ésta nada dijo i la impaciencia se quedó por el momento a oscuras como si en todo eso anduviera la mano invisible i traviesa que en los nocturnos apuros estravía, al parecer, los fósforos para mayor tribulacion.

I llegó la noche, pesado manto de todos los dolores, i con tales impresiones hubo de acostarse el vecindario; pero desvelado por ellas mismas, levantóse a la mañana delirando i era

el tema, no ya el combate liso i llano, sino tambien el fracaso de los nuestros.

La calentura del insomnio habia derrotado a Sotomayor i a los suyos.



Con el dia, la tormenta fué arreciando.

Los vecinos se agrupaban en la plaza i en las calles, formando ajitados remolinos.

Quién sabia que Sotomayor quedaba prisionero; quién que mal herido, i éste rebatia a aquél, i el otro al de mas allá; pero, eso si, todos estaban firmes sobre la piedra de que el gobierno ocultaba «como siempre»—¡i era el comienzo!—la triste verdad de lo ocurrido.

En esto se oyó por el lado de la plaza un ruidoso alboroto, que absorvió todos los corrillos.

Una inmensa poblada escoltaba casi en hombros a un soldado de Cazadores.

I, entre bochornos i jadeos, contábase que acababa de llegar de Calama, escapando mila-

grosamente de la matanza, aunque herido i azás maltrecho por la persecucion i la fuga.

La catástrofe quedaba, por lo tanto, confirmada, i esta nueva, aun cuando «ya la presumian todos», resonó en la ciudad como la nota llorosa de un lamento que fué quebrándose en cada casa en ramas que a su vez se requiebaban en cada patio i en cada pieza.



Uno de los afiebrados vecinos acababa de descubrir, cerca del muelle, a ese soldado del glorioso Rejimiento.

Traia el Cazador la cabeza atada i andaba trabajosamente.

Encandilado el vecino con el tema de la derrota, parecióle que aquél venia precisamente de Calama.

¿I qué otra cosa?

El sabia que en Antofagasta no habian quedado Cazadores.

Ademas, éste estaba herido i andaba triste i

acortado, como huyendo la vista de la jente. ¡Pobre! Talvez imaginaba seria tratado como mensajero de tamaña desgracia; pero ¿qué culpa tenia él, un infeliz soldado?

Todo esto i acaso la matanza entera vió como en una lámina el espíritu del vecino en el tiempo que tardó entre descubrir al soldado i llegar a la carrera a donde estaba.

—¡Miren en qué estado viene!—gritaba el buen señor. ¿I cómo ha sido, amigo? ¿Cuántos muertos?

I ántes de que el roto volviera de este asalto de preguntas, ya el vecino habia puesto en sus manos un puñado de pesetas,—única cosa que el espantado Cazador pareció entender a punto fijo; pues sin mirarles la cara las sepultó en el bolsillo.

I las voces atraieron jente que en torno se fué agrupando en ondas sucesivas, pero no tan plácidas i calladas, ciertamente, como las del agua cuyo cristal rompe una piedra.

Verdad que sobre Antofagasta habia caído un peñasco, nada ménos.

En el trayecto procesional del muelle a la plaza i atando cabos, el roto habia podido cojer, al fin, el hilo de aquel laberinto que tanto lo aturdió al principio.

Sabia ya de qué pié rengaba aquella jente i entre corrido i risueño por la benevolencia de que era objeto, pero sobre todo bellaco, miraba en silencio a la multitud, eficazmente protegido hasta ahí por las preguntas que atropellaban a las respuestas.

—¿Cómo fué?—interrogaba uno.

—¡Qué cuente!

—¡Eso es, que cuente!—añadia otro.

—¡Pero, déjenlo que hable!

—¡Silencio!—gritaba entónces un coro.

—Pero ¿i fulano?

—I zutano ¿cierto que murió?

I una voz de mujer, aguda i lastimera como un ahullido, agregaba un compas desgarrador a la sinfonía masculina, diciendo con las entrañas:

—¡Mi hijo!

—¡Cómo habia de ser!—articulaba el roto a tropezones: al aclarar comenzaron los tiros por uno i otro lado; las balas hervian en la arena i

los nuestros sin cejar un punto, cayendo como moscas.

—Pero ¿i Sotomayor qué hacia?—gritaban voces exasperadas, cuyos dueños ya buscaban una víctima en quien desahogar sus iras.

—¿Mi Coronel?—respondia el roto, enderezando la proa a la pregunta que le abria un vado favorable.— ¡Buena cosa de hombre bravo! Llegaba a escupir el rifle, disparando con nosotros, i esto enfurecia a los niños.

Ojos ménos preocupados habrian visto tan claro como al traves del agua limpia, que el guerrero trovador por algo escupia, tragaba i hacia mil nudos a la hebra de su relato; pero todo esto, si álguien lo advirtió, debió atribuirlo a la marejada de preguntas que le aturdia i mas que todo a los recientes padecimientos del soldado.

Entónces se oía:

—¡Qué descanse!

—¡Déjenlo!

—¡Vean que no puede mas!

—¡I está herido!

I al creciente compas de estas lamentaciones, los bolsillos de la muchedumbre se vaciaban en

manos del afortunado Moises de las arenas del desierto i de las escopetas bolivianas.

*
* *

A todo esto, como debe presumirse — la noticia del Cazador derrotado habia ido i vuelto a la Comandancia de Armas.

Peleábase en ella reñidísima batalla entre los oficiales i los grupos de paisanos que se sucedian de unos a otros.

—¡Digo a Ud., señor, que no ha llegado parte alguno!—gritaban aquéllos.

—¡Porque se oculta al pueblo la verdad!—vociferaban éstos.

—Pero ahí está el Cazador que ha llegado i visto!... articulaban otros.

—I está herido...

—I cuenta que los muertos son doscientos...

—¡Pero, señores, si no puede ser!—

—¡Ah! Eso es lo que se dice siempre.

Hubo que darse a la razon, la del número por lo ménos, i se envió a la plaza a uno de los

oficiales con órden de conducir, muerto o vivo, al cazador del cuento.

Vestia el oficial un *¡sobretudo* de brin i uno de aquellos famosos sombreros a los cuales les cayó de la cubierta del *Huáscar* el nombre de «cucalones»,—prendas las dos que no indicaban seguramente el carácter militar del comisionado.

Con algun trabajo pudo éste abrirse paso al través de la apiñada muchedumbre que ardia al doble fuego del patriotismo i de un fuerte sol de verano.

—¿Tú vienes de Calama?—preguntó secamente el oficial al soldado.

—¡Cómo nó, pues!

—¿I cuándo i cómo fué el combate?

—Cómo lo tengo dicho: principió el tiroteo i los niños...

—¿I dices que los muertos son...

—Sus doscientos mas que ménos.

—Pero ¿cómo doscientos?

—¡Las cosas suyas!—dijo el roto, tratando ya con lástima al nuevo pregunton. — Si no han muerto mas es 'porque Dios no ha querido, desde que los cuicos asomaron por los bo-

quetes de una tapia una ametralladora i a cada vuelta del molinillo quedaba la tendalada....

Al oír ametralladora el oficial supo de sobra con quién se las había; pero como el pueblo cotejaba con fieras miradas a uno i a otro, i era fuerza salir cuanto ántes de ese atolladero, aquél se limitó a decir al subalterno en tono inequívoco de mando:

—¡Venga Ud. a la Comandancia!

El roto pareció vacilar; pero todos lo alentarón con jestos i palabras, gozando de antemano el desquite de darle un golpe a la maldecida oficina.

A la puerta del edificio, el soldado que empezaba a ver una nube en el claro cielo de su dicha,—preguntó por lo bajo al centinela, apelando a la masonería del compañerismo:

—Dígame, amigo, ¿quién es este caballero?

—Mi mayor Doublé—respondió el otro del mismo modo.

¡La erramos!—debió pensar el Cazador; pues visiblemente perdió sus bríos al entrar a la sala.

Luego volvió el Mayor Doublé, vistiendo un dorman que ostentaba los galones de su grado, i dió principio a este solemne diálogo:

—Dices tú que vienes de Calama, que la división ha sido derrotada i que los muertos pasan...

—Si le he de decir verdad, mi Comandante, yo no me he movido de Antofagasta....

—¡Cómo!—gritó el mayor, irguiéndose a toda la altura de su puesto i de su talla.

—Ud. lo ha de ver, pues, mi Comandante, agregó el roto en actitud de chozo castigado: yo venia saliendo del hospital donde quedé por enfermo; apenas podia dar tranco cuando de repente se me vino un caballero, gritando: Toma, hijo! i me pasó unas monedas i de ahí signió diciéndoles a los que se acercaban a las voces:—Este Cazador viene de Calama, miren en qué estado llega! i todos se pusieron a darme dinero i como se les metió el que yo habia estado en el combate, díles gusto, refiriendo lo que ellos mismos me preguntaban i decian, porque yo ignoraba que los niños hubieran sido derrotados.

—¡Pero es el caso que tambien me has mentido a mí!

—Es que no conocí a su señoría; dispensan-

do el modo de hablar, se me figuró que era fuerte como los demas.

*
* *

puede presumirse el efecto que causó en el pueblo esta salida del Cazador, luego que fué conocida, para lo cual sobró un minuto.

Los ánimos, cansados de aquel máximun de tension patriótica que duraba ya tantas horas, se plegaron corridos pero aliviados, i cada vecino buscó su casa.

En cuanto al roto, no hai para qué decir si se hizo humo por una puerta excusada, a favor de los de la guardia, sospechando todos el triste fin que suele caber a los héroes por fuerza.

I aquí terminaría el cuento de la que por un dia fué la derrota de Calama, si los mismos hechos no hubieran querido darle mas digno remate.

*
* *

La llegada del parte oficial del Coronel Sotomayor, otros acontecimientos i lo que mas se debe creer, el interes de todos por olvidar la aventura de la cual ninguno escapaba como actor,—hicieron que a poco andar apénas quedara en el pueblo memoria de ella.

Pero quiso la casualidad, que tambien tiene sus malicias i travesuras,—que por esos dias saliera el mismo mayor Doublé en comision del servicio hácia un pueblo del interior.

A mitad de la jornada, detúvose la comitiva a la puerta de un ranchon que ofrecia algun reparo al sol i cansancio de la fatigosa marcha, pero no así, al parecer, al hambre i sed de los viandantes.

Mas acabó de confirmarlos en sus tristes sospechas la presencia de un soldado que salió a recibirlos en calidad de jefe del piquete destacado en ese punto.

Juzgaron que allí donde se paraba un soldado no habia de haber ni agua para la señal de la cruz.

Pero, en fin, quedaban siquiera bajo de sombra.

Luego sacó cada uno recado de fumar i lia-

ban sus cigarrillos con el primor del que guisa su única vianda, cuando de pronto alzaron todos la cabeza, poniendo oído al viento que venía del interior.

—¡Ruido de platos!—cantó uno.

No cabían dudas; oíase claramente ese rumor sonoro i alegre, inconfundible con ninguna melodía para el viajero hambriento i molido.

Al cabo de rato, que les pareció siglo de espera, se presentó el soldado, llevando sobre una tabla algunos comestibles i mucha cerveza, todo ello con la complacencia que distingue al roto que hace a sus jefes los honores de la casa.

Al retirarse, quiso el mayor Doublé pagar tan espléndida hospitalidad, manifestando a la vez con militar franqueza el asombro que le causaban los haberes de que gozaba un soldado, sobre todo en medio de aquellos yermos.

Escusó éste la paga i respondió con malicia:

—Es que ya no me conoce, mi Mayor.

—A la verdad, hombre, no sé quién eres; pero creo haberte visto....

—Yo soi, pues, señor, el Cazador de Calama, i esta cerveza es de los futres de Antofagasta, concluyó el roto, riéndose con los ojos.

Las erogaciones del vecindario de Antofagasta habian dado para todo eso i de sobra; pero la d errota de Calama no debe buscarse en la historia, sino en los recuerdos de aquel Cazador i de los muchos que se chasquearon con  el.



“El Huáscar!”

«EL HUASCAR!»

No mucho despues de la «derrota de Calama», ocurría en la misma Antofagasta otro suceso tan semejante, que era ya para creer lisiada de chascos populares a la hija predilecta del finado Melgarejo.

Eran los tiempos, tiempos primitivos de la guerra, en que el entónces peruano monitor penaba, por decirlo así, cual duende de cuento casero, en las aguas de aquel puerto que no ganaba para sustos i desvelos.

La evidencia de los daños que podia causar ese enorme pericote, cebado impunemente en la larga despensa de nuestra costa,—fomenta-

ba la creciente preocupacion de los ánimos i esta era ya tanta que todo humo o punto oscuro en el horizonte, como por fuerza o compromiso, no podia ser otra cosa que la audaz i temida nave enemiga.

I todo grito de *¡El Huáscar!* ocasionaba en la ciudad el alboroto i cacareo que la zorra introduce en resabiado gallinero.

Corrian la tropa a las armas, los vecinos a sus casas i de sus casas a la calle, miéntras que los ayudantes de esta autoridad i de la otra, cruzando a escape por ellas, así repartian órdenes como aumentaban los equívocos en el espíritu sofocado de todos esos prójimos, oráculos i relleno de las multitudes, que miden la profundidad de los acontecimientos por el galope de un caballo o la grave prisa de algun personaje.

I para complemento de tales cuadros habia de sobra, si era de noche especialmente, niñas impresionables que salieran a desmayarse en traje de temblor i viejas socarronas que se lamentaran a gritos de las impavideces soldadescas, recordando las briscas i verbenas del réjimen boliviano, tan socorrido de revoluciones-

En pura verdad, las cosas no eran para nada ménos.—La vida de la poblacion i del ejército acampado allí, pendía del hilo de agua que las máquinas resacadoras destilaban sin descanso i todos veian que un golpe acertado de cañon reduciria al uno i a la otra al triste caso de los israelistas en el desierto, mas sin Moises ni taumaturgo alguno que los salvara de la catástrofe.

Solia, pues, por aquellos negros dias quedarse la sopa entre la cuchara i la boca; porque a lo mejor se prendia el reguero:

¡El Huáscar a la vista!

I semejante tramoya se repetia de dia i de noche, de noche sobre todo, que sabido es no hai anteojos que, como las tinieblas, agranden mas las cosas en el ánimo donde se clava un pensamiento fijo.

Así llega a parecernos labor de forado el roer de medrosa rata i navío de tres puentes la humilde i risueña canoa pescadora.

Si mal no recuerdo, la *O'Higgins* montaba por entónces la guardia en la rada de Antofagasta, sin mas amparo la hermosa corbeta en su peligroso destacamento que los cañones de sus baterías i el ánimo de los suyos de portarse como buenos cuando la ocasion se presentara, con lo cual no se daban plazo mui largo; pues para todos era cosa de un rato a otro lo de que el *Huáscar* cayera sobre ellos, aprovechando de ese abandono.

I tantas alarmas se habian dado ya en falso, que se esperaba la próxima como la verdadera por aquello de que a la tercera va la vencida.

*
* *

Era una de aquellas noches de crueles espectativas.

Militares i paisanos dormian a favor de ese silencio profundo de los campamentos.—La oscuridad era tambien completa; porque apagados estaban los hornos de la Compañía de salitres.

Saben todos que las chimeneas de esos hornos se elevan a grande altura i que en las noches de faena sus rojizas llamaradas alumbran la ciudad, sirviendo como de faros a los navegantes de la costa, cuyas barcas se arrojan al puerto a todo trapo, a la manera de mariposas gigantescas que atrae la luz de esos cirios monumentales de la industria, que brazos chilenos levantaron en aquellas playas que eran ántes desolados arenales.

Cerca venia la media noche cuando de pronto ¡zás!—primero el agudo son de una corneta i a poco el formidable estruendo de toda una andanada que, al dar botes por las faldas i cajones de los cerros multiplicóse diabólicamente, enderezando en sus lechos a todos los durmientes.

Unos a medio vestir, otros en paños mui menores, todos anhelantes se lanzaron a las calles.

Los toques de jenerala se cruzaban en el aire, repitiéndose de campo en campo como el canto del gallo de corral en corral; sonaban las campanas, corrian los militares, gritaban los paisanos, jemian las mujeres i sobre todo ese tu-

multo los disparos de la *O'Higgins* seguian redoblados, creciendo a la par las voces desafortadas de El *Huáscar*!—¡El *Huáscar*!

Sucedia, finalmente, lo que todos tenian anunciado i nadie habia querido escuchar.

Perderíamos la *O'Higgins*, como visto; pues, a todas luces la infeliz corbeta, abandonada i sorprendida, batíase en trance de muerte contra fuerzas irresistibles.

¿Quién sabia si con el *Huáscar* no andaban otros buques?

De qué serviría, entónces, todo el heroismo de nuestros marinos?

La eterna imprevision del gobierno!

I el guerrero espectáculo que ofrecia la gallarda nave arrastraba hasta el delirio la exaltacion de los ánimos.

Al resplandor de las descargas, veíasela jirar como ágil corcel.

Las cofas ardian con el fuego de los rifleros i toda ella remedaba una fragua de demonios enloquecidos.

Al verla, muchos lloraban.—Otros, alocados por la ira, esta ira de sangre araucana que cuando la mueve el amor de la patria, toca tan

fácil i terriblemente los lindes de heróica i sublime locura,—otros se ofrecian para abordar en canoas, en lo que hubiera, los barcos de los nocturnos cuadrilleros.

Tales trazas de estallido popular iba tomando el zafarrancho terrestre, que el jefe de la plaza, único talvez que no se habia movido de su cama, hubo de dejarla para darle término i reparar un grave olvido.



Calló, al fin, el buque chileno; pero el estado en que quedaba no lo dejó ver, para mayor tormento, la oscura noche que se cerró sobre él en cuanto apagó sus fuegos.

I con apagarlos se encendieron al punto en tierra mui curiosas querellas sobre que fué combate i que no lo ha sido i que yo ya sabia; pues casi todos comenzaban a sospechar la verdad.

Llegó en esto el Jeneral a la plaza.

—Pero, hombres!—dijo por entre los plie

gues de su rebozo ¿que no les conté que el Comandante Montt iba a hacer esta noche un zafarrancho de combate?



I desde aquella noche lo de ¡el *Huáscar* a la vista!—quedó en tierra i abordo como refran del cuco para diversas travesuras que, por lo comun, daban su resultado, sobre todo en los trasportes que viajaban repletos de tropas i éstas con el credo en los labios.

Ya era un compañero mareado a quien a guisa de bálsamo maravilloso le llevaban en tropel la nueva que como por ensalmo cortaba todas las arcadas:

—¡El *Huáscar*!

Ya era en el comedor, cuando para desalojar a los felices que habian conquistado en él sitio i cualquier presa, entraban desalados los que no se conformaban con quedarse a las sobras del segundo mantel, gritando a una:

—¡El *Huáscar*!

Siempre habia navegantes primerizos que abandonaban el asiento i el bocado por la temida novedad.

I no se rian Ustedes ahora, que viajar en trasportes por aquellos dias era tan ocasionado a malos encuentros como el atravesar en otros los Cerrillos de Teno sin armas i en mal caballo.

El Canto del Gallo

EL CANTO DEL GALLO

Bajo la capa del mas sério de los asistentes que ustedes conozcan, deben ver, por regla sin escepcion, el pellejo de un nocturno visitador de corrales ajenos, jubilado o en servicio; porque la especialidad que caracteriza al asistente digno del nombre i del oficio, es su afinado olfato para descubrir gallinas.

Se diria que las presienten como el cuervo a las tempestades.

I la cosa no es de hoi, seguramente, a juzgar por lo que mecontó cierto dia un viejo Coronel que en sus mocedades fué con Búlnes a Loncomilla.

Llevaba de asistente a un tal Chaves, mediante cuya industria se comía de gallina tarde i mañana en su rancho de simple alférez.

Con el canto de las diucas salía Chaves por esos caseríos i potreros del camino, canasta al brazo, i era como mandar al mercado; pues nunca tornaba a contar cuentos, sino a preparar las ollas i calentar agua.

Una vez llegó hasta con el gallo.

—Pero, hombre, le dijeron ¿i ésto para qué?

—Qué había de hacer, señor, respondió el asistente enternecido.—Me venia con las gallinas cuando el gallo me gritó con una voz tan triste:

—«Ño Chaves, no me deje solo!...

*
* *

Pero este don milagroso del oído o del olfato ha servido en mas de un lance de campaña para otras cosas que proporcionar al estómago succulentas cazuelas de ave.

Así se refiere, por ejemplo, que la vanguar-

dia del ejército que marchaba sobre Arequipa, hubo de hacer alto al descender la cuesta de Huasacache,—desorientada un poco por la oscuridad de la noche i las desigualdades del terreno.

Crefanse mui distantes del final de la jornada; porque, en efecto, no se descubria indicio de poblado en toda la negra llanura que los rodeaba.

—Estamos léjos todavía!—dijo a media voz un oficial de las avanzadas.

I todos callaron, asintiendo lo dicho; pero a poco saltó un roto, asegurando que habia cantado un gallo.

—Serán tus tripas!—esclamaron los otros, riéndose.

Pero la luz del amanecer vino a probar que el ave evanjélica habíale cantado en realidad, aunque por diferente motivo, a este nuevo Pedro.

Un caserío blanqueaba al frente, en la falda boscosa de una loma.

No se puede decir que el oído de ese roto fuera malo para el oficio; pero jamás podría compararse con el de *Peuco*, que dormido, sentía cantar los gallos tan bien como el otro despierto.

Era *Peuco* la flor i espuma de todos los asistentes.

Servía a un capitán de quien refiere la fama que en toda la campaña no padeció hambre ni sed, mas que en una ocasión memorable; pero por corto rato i para mayor honra del renombrado *Peuco*.

El Rejimiento había acampado, cerrada la noche, en uno de esos pueblos que, abandonados por sus moradores, no dejaban otra esperanza que la de que el cansancio llamara al sueño i éste venciera a toda humana exigencia.

Peuco, de humillado i molido, roncaba como una piara de marranos, en tanto que su jefe, afebrado de hambre, se paseaba rabioso por su estancia.

Una comisión habíalo dejado sin rancho; *Peuco* no había encontrado cosa alguna i cuando *Peuco* no hallaba nada, (preciso era creerse como en medio de la mar.

Pero allí falló por vez primera la ciencia de Peuco el maestro.

El canto de un gallo se oyó de pronto a la distancia.

—¡Peuco!

—¡Peuco!—gritó el capitán, angustiado, dando por perdido el milagroso anuncio, si Peuco no despertaba a tiempo de oirlo i orientarse.

Pero mal conocia el oficial a su servidor; porque éste, a punto seguido, le respondió con iguales ánsias:

—Me estoi poniendo las botas, capitán!

Desde las profundidades de su sueño, Peuco habia escuchado el canto del ave, abarcado toda la cuestion i procedia en consecuencia.

La Toma del Huáscar

EN PANAMÁ

LA TOMA DEL HUASCAR

EN PANAMÁ

«En tanto que Mardonius sucumbía en Platea, los restos de la flota de los persas eran incendiados el mismo día en Mycale, después de una batalla ganada en la costa por los griegos desembarcados.

«Durante este combate, el rumor de la victoria de Platea habíase esparcido en las filas de los griegos como *por una revelación de los dioses* i había contribuido al suceso de la jornada.»—PREVOST PARADOL.

El día 8 de octubre de 1880, a eso de las

diez de la mañana, el Comandante don Manuel Tompson del crucero *Amazonas*, fondeado entonces en la rada de Panamá, se dirigia a tierra en la falúa capitana de su barco.

Ocho robustos marineros, especialmente escojidos para tales viajes, no exentos a la sazón de cuidados, hacíanla volar sobre las aguas a impulsos de su puños de acero.

Minutos despues, Tompson subia la escalera del muelle con la ajilidad de un guardiamarina, sin cuidarse ni poco ni mucho de la jente que a su paso lo miraba de reojo, no atreviéndose a mas ante esa talla corpulenta i varonil, que a la legua revelaba un hombre.

Durante la guerra, Panamá estuvo, como se recordará, a una i a uña con los peruanos.

I siga el cuento.

Quedó la falúa al resguardo de uno de los bogadores i los otros, teniendo por delante un horizonte de tres o cuatro horas de huelga, se largaron a toda vela por las callejas de la vecindad, vía de refrescar.

El marinero N., un bravo i sólido chilote, apartandose de los suyos, puso la proa al tabuco de un italiano su casero: alli largó el ancla,

cerca de una mesa, en frente de una botella i a orillas de las faldas de una moza que al parecer lo aguardaba; porque era de esas navegantes, cual las gaviotas del mar, que pufulan en las tabernas playeras.

*
* *

Aquí es caso de decir, siquiera sea en dos palabras, quién era el marinero que designo con solo una N. porque ahora duerme bajo las aguas del Pacífico.

—Pero un hecho hablará por los dos.

En tiempos de don Mariano Ignacio Prado, la corbeta *Chacabuco* hizo a los puertos del Perú una visita de amistad.

Iba de comandante don Oscar Viel, i era capitan de puerto del Callao don Miguel Grau, que no ahorró atenciones i amistades con sus hermanos de profesion.

Por lo demas, la espléndida i afectuosa acogida que los peruanos hicieron a los oficiales de nuestra corbeta, fué de tal modo galante que

por muchos caminos alcanzó a la misma marinería, la cual gozó allí de la libertad que los niños traviesos solo logran en casa ajena.

Ignoro si por presentarlos mejor o maniatarlos un poco, se dió a bordo la órden de que los marineros no bajaran a tierra sino de guante blanco.

Talvez pensaba el jefe que gato calzado no eaza ratones, lo que es cierto, tratándose de ratones; pero con los nuestros la medida resultó no valer gran cosa; pues si eran de verdad mui discretos miéntras tenian sed, en cuanto tragaban algunas pintas ahí pelaban los guantes i un solo roto salia escapado con el ventero i algun concurrente.

En tales casos, los policiales chalacos no asomaban las narices; porque a mas de la tolerancia recomendada, juzgaban prudente, cada uno por su parte, no acercarse ni al aire de esos remolinos...

Pero una noche, tanto subió la marea, que fué preciso alojar en el cuartel de policía a un grupo de marineros.—Por cierto que no entraron a calabozo, aunque merecido se lo tenian,

sino que se les dió el cuarto de la guardia, trasladando préviamente el armamento.

Un centinela quedó a la puerta.—Los rotos comenzaron a roncar bajo el peso del primer sueño i casualmente se apagó la luz, lo que no permitió al guardian ver que, tras de un lijero secreteo, los alojados se sacaban los zapatos, ni atinar con uno que apareciéndosele a modo de fantasma, le apretó el cuello i arrebatóle el rifle al compas de un inícuo zapatazo.

Punto mas o punto ménos, los restantes repitieron la maniobra con quien se puso al frente, i dueños de la situacion, tornaron a la zambra i a las calles.

El del zapatazo i el jefe de esa conspiracion fué el chilote N. que tambien andaba en la visita de la *Chacabuco*.

*
* * *

N. bebia mansamente en union de su dama, cuando el italiano le preguntó, mostrándole una estampa del *Huáscar*:

—¿Conoce Ud. a éste?

—¡Por la popa!—contestó el roto.

—Pues ahí lo han de tener ustedes por el espolon,—continuó el pulpero; él les arreglará las cuentas a los buques chilenos.

—¿Esta mugre?—esclamó N.

I siguieron de palabras, hasta que el marinero, ciego ya de ira, de un brinco saltó sobre el mostrador; con una mano cojió el cuadro que representaba al monitor i con la otra del pelo al italiano, dándole tanta puñada revuelta con vidrios, estampa i molduras que el infeliz quedó por muerto; pues hasta la moza, que tambien era chilena, agregó su contingente a la obra de su paisano i amante.

En volandas acudió la policía; el marinero corrióse al muelle, cubriendo su retaguardia a navaja i botellazos, en tanto que la amiga daba aviso a los pocos del partido.

Allí la riña fué campal batalla i mal dia para los nuestros, seguramente, si no llegan tan a tiempo el Comandante Tompson i las autoridades del puerto.

La falúa, con toda su jente, logró hacerse a la mar.

En la misma tarde, el jefe chileno reclamaba enérgicamente del asalto dado a los suyos, i se presume que alzó tanto mas el tono cuanto era necesario encubrir un poco las demasías de sus niños.

Uno de los policiales, sin contar al italiano, quedaba tambien a las puertas de la muerte.



A bordo se castigó severamente al marinero N.—La imprudencia de su conducta no podia ser mayor, dado que en Panamá todos eran hostiles a nuestra causa.

—Tiene razon mi Comandante,—repetia el marinero, curando sus cardenales; pero yo no puedo esplicar lo que sentí cuando el italiano me mostró el cuadro del *Huáscar*: me pareció que en ese mismo momento lo veia tan hecho pedazos como yo lo tenia entre mis manos i no supe mas de mí.

Era mas o ménos medio dia.



¿Es esto un chascarrillo rebuscabo o cosido con aguja colchonera?

Yo cuento lisa i llanamente lo que he oido repetir mas de una vez en tierra i a bordo.

I como vivos están los que relatan esta aventura la cosa se puede preguntar.

La Guardia de los Santos

LA GUARDIA DE LOS SANTOS

En uno de los caseríos de la ruta de Ite al campo de las Yaras, debía acantonarse cierto Rejimiento de los nuestros, en cuyas filas habíase declarado la peste viruela.

De los primeros en llegar a él fueron dos soldados, de esos que apellidaban *cara de baqueta*; porque nunca veían incompatibilidad la que menor entre el servicio de la patria i el avío de la persona.

Mui luego se dieron ambos a recorrer calles i trajinar casas, si tales nombres caben en taña pobreza.

A un profano en el arte soldadesco del

granjeo, habríale bastado tender la vista a vuelo de pájaro para decir que allí no había pan que rebanar.

I en efecto, en cuanto los ojos abarcaban no se divisaba un humo que acusara alguna olla puesta al fuego.

Ni siquiera se oía el ladrido de un perro abandonado; porque hombres, mujeres, chiquillos, todos habían huido al rumor de la noticia aquella:

—¡Ya vienen los chilenos!

La misma iglesia aparecía desnuda de imágenes i ornamentos, cual si los terribles visitantes fueran enemigos no solo de los hombres sino también de los dioses de aquel país.

Sin embargo, los dos rotos proseguían imperturbables en su misteriosa tarea.

Hubiéraseles tomado por un par de ingenieros que cateaban minas o reconocían el sitio para puesto militar.

Entraban, salían i tornaban a las mismas viviendas.

Golpeaban el suelo i las paredes.

Al fin, uno de ellos pareció convencer al otro i juntos volvieron a la iglesia.

Delante de un empolvado retablo, el que oficiaba dijo al acólito:

—¡Debajo de esta champa hai bagre!

Entrambos corrieron el cuadro, medio cocido al muro por las telas de arañas; palparon i el muro resonó con un eco de caverna.

—¿Ves?—añadió el primero.

I a poco de trabajar rodó un bloque, dejando al descubierto la boca de una cueva oscura i húmeda.

Allí estaba el entierro del señor cura: santos de bulto, vestimentas sagradas i alguna chafalonía religiosa de fácil trueque.



En la tarde del mismo dia era el pueblo un campamento, i la iglesia, mui soplada, servia de hospital a unos cuantos enfermos.

Como a las diez de la noche, el jefe de servicio pasaba de recojida por frente de la iglesia.

Miró por ver i quedó conforme con percibir

que los bultos de los centinelas se destacaban convenientemente en la sombra.

Seguia, por lo tanto, de largo su camino, cuando uno de la escolta hizo notar que aquellos centinelas no daban el ¿Quién vive? ni siquiera enderezaban las armas que tenian como abrazadas,

Tornó bridas el jefe, i dirijiendo su caballo al primero de los bultos, llegó a tumbarlo sin que articulara palabra.

Solo el rifle rodó sonoramente por el suelo.

Los soldados, por su parte, daban en vano vueltas i revueltas en derredor de los misteriosos centinelas.

Sin apearse de su montura, el intrigado jefe entró en el templo.

Dos corridas de camas formaban una calle estrecha, que concluia en el mismo presbiterio.

Sobre el altar mayor veíase un gran cubo del que salian azulejas llamaradas.

Dos o tres sacerdotes, éste de casulla, aquél con capa de coro, iban i venian con mucha diligencia del tiesto a las camas i de las camas al tiesto, alzando, entre viaje i viaje, unos jarritos de lata.

—¿Qué diablos? —pensó el jefe, mirando aquella escena que pareciera de brujos a no verse tan claramente las sagradas vestiduras de los oficiantes.

Luego al olfato le saltó mui claro que lo que se administraba a los enfermos no podia ser otra cosa que el mui mentado *cañazo*, rabioso alcohol de cuarenta grados, del cual decian los rotos que puro pateaba un poco, pero que, amanzándolo, quedaba como borrego.

I lo amanzaban con agua, azúcar cuando habia i un *jarreo* de alto a bajo.



Al ruido de las voces i de los sables, los sacerdotes que oficiaban en aquella nunca vista ceremonia, miraron hácia la puerta, i todo fué ver a tanto Comendador i hacerse ratas por entre las camas.

Pero, mal de su grado, tuvo que comparecer el cabo comandante de la guardia, encendido

como tomate dentro de la casulla que no habia acertado arrancarse en sus apuros.

Era uno de los exploradores de la víspera, mozo de hasta veinte años i en cuya cara jugueteaban todas las truhanerías de la profesion i de la edad.

Como pudo alegó el pobre que «casi todo era pura agua» i que en cuanto a los trajes sagrados, los «niños» se los habian puesto únicamente por ahorrar la ropita del Estado...

No hai para qué decir a dónde fueron a parar esos niños que entregaban la guardia a los santos de una iglesia i se vestian como para decir misa en honor de un ponche de cañazo ardidó dentro de un templo convertido en hospital.

Como se Ganan

LAS BATALLAS

COMO SE GANAN LAS BATALLAS

Latía aun en el aire el sonoro estruendo de la batalla que acababa de ganar nuestro Ejército con tanta gloria como provecho en el Alto de la Alianza, i ya sonaban los azotes que a raiz de la victoria i de la carne, recibian sin chistar algunos de los héroes de la gran jornada.

No pequeño era por cierto el asombro de la ciudad vencida,—la simpática Tacna, esa que fué flor de granado de los jardines del Perú,—al ver que mucho ántes que un saqueo de desquite i recompensa, que parecía de estilo, propinaran a la tropa vencedora gruesa racion de

palos, estando así mas a punto la varilla que el rancho, la venda para el herido i que el hoyo para el finado.

I si esto era digno de la severidad romana en su mayor lumbre i alteza guerrera, sabíale a virtud lacedemonia la sumision con que entregaban sus espaldas a la vara de la disciplina, esos soldados tan altivos en la pelea i que tan grandísimo triunfo habian alcanzado para su bandera.

Pero los vecinos de Tacna ignoraban por ese tiempo que de la misma mata sacan en Chile coronas para la frente i varas para las espaldas....



Las varillas de los cabos cobraban las cuentas de algunas travesuras cometidas por los dispersos i adelantados al entrar a la ciudad vencida en alas del huracan de la victoria, sedientos i gazuzos.

De esas travesuras, las del jénero cosaco, o

punzó como dirían en Lima,—eran, en verdad, de no escasa cuantía, sobre todo aquellas que hubo de sufrir el barrio mas cercano al camino: travesuras soldadescas que la noche amortajó entónces con sus honestas tinieblas i el tiempo ha sepultado ahora en discreto i piadoso olvido.

Todas las otras, como se ha de ver por las muestras, eran bien escusables, si no lejítimas, tratándose de un ejército que, no habiendo probado gota de nada en todo un dia de afanosa batalla, encontraba aderezada la mesa del festin preparado para el adversario, el cual tan seguro estaba de su triunfo que ni se acordó de aquello:

• Nadie diga yo ya estoi,
Aunque en el estribo esté,
Que muchos en el estribo
Se suelen quedar a pié. •



I quién piense de otro modo, traiga a Moltke i a Bismarck i éstos dirán que los rotos eran niños de pecho en lo de ocupar ciudades que es-

paldeaban a ejércitos contrarios, como resultarían ser ángeles guardianes si los infelices pueblos de la derrota que siguieron los vencidos, contaran lo que sufrieron de sus propios hermanos i aliados,—que las guerras son guerras i no bodas de princesa real.

*
* * *

Por lo demas, juzguen ustedes mismos.

Uno de los azotados fué sorprendido encima del mostrador de una tienda de abarrotes, realizando sus existencias con la mejor voluntad del mundo, esto es, tal como lo haria un ingles en Ejipto, un frances en la China, un ruso en Constantinopla i todos los soldados de cualquier nacion de las que dan la norma i hacen lei, en la ciudad que ocupen por obra de bala i de cuchillo.

Entre grandes risotadas, rodeaba al roto un grupo de compañeros, ébrios de tal novedad i maravilla.

—¿Qué les vendo? —decia el del mostrador;

todo se realiza, señores, a precio de quema i por cierto que no se verán en otra.

I con alegre ajilidad de mico, alcanzábale a éste una botella; al otro una caja; cigarros al de mas allá i a todos los que pedian o topaban sus manos.

Los licores,—casi no hai para qué decirlo,— se habian consumido en términos de que habiendo llegado otros sedientos en su demanda, respondióles el vendedor, despues de examinar los anaqueles vacios como ojos de calavera:

—Se me ha concluido, señores, a otra esquina por ahí.....

I salian, en efecto, para otra tienda cuando acertó a pasar una de las rondas de caballería que custodiaban la ciudad i arrastrando con todos, quieras que nó, dió con ellos en el depósito.

Otro fué llevado de una cocinería en la que acababa de comer con varios amigos i las ansias de Sancho en persona.

Echando mano a la cintura, en ademan de sacar dinero, preguntó al de la venta, que era un italiano:

—¿Cuánto se le debe, amigo?

Por el majin del mísero pulpero pasó, sin duda, hasta la intencion de exajerar el precio de sus mazamorras, i creyendo ser pagado, rumiaba las cuentas gravemente cuando el roto, sacando, al fin, como aburrido de la demora, no dinero por cierto, sino el histórico corvo, agregó con rumbo propio de don Félix de Montemar: —¡Cóbrese de todo!

Por estas vías i frioleras iba aumentando la clientela de los cabos, cuyo despacho habíase instalado provisionalmente, como para las necesidades del momento, en un solar contiguo a la casa en que varios oficiales merendaban con tal música, una cazuela de campaña i otros pollos a medio desplumar, que de fijo no eran a la Marengo, como aquellos que devoró el Primer Cónsul en la tarde de su famosa batalla.

*
* *

Al clarear del siguiente dia, se reanudó la de palos, despachándose concienzudamente a los que en la tarde anterior no habian alcanzado

providencia, que tanto eran los parroquianos.

La sorpresa de los vecinos ya no cabia en sus creederas, así tan grandes como habian demostrado tenerlas para todas las simplezas i bellas-querías que corrían de los nuestros.

No daban crédito a sus ojos.

¿Palos despues de tanta hazaña?

¡Cómo! Tal pagaba Chile a sus soldados?

I estas fieras ¿así sufrían?

Les parecia mentira.

I el grupo de curiosos, a modo de taco en el arroyo, iba creciendo con todo lo que atajaba en su camino, sin que ninguno advirtiera los inconvenientes que podia tener el asomarse a la casa del vecino—¡i qué vecino!—cuando éste lavaba su ropa súcia.

En ello estaban como en suspenso, haciendo muecas de astuta admiracion i de ruin condolencia por los aflijidos, cuando salió a la puerta un roto, encendida la color i sudoroso; pero mui suelto de cuerpo como si tal cosa; porque lo pasado, pasado, desde que aquellas paredes no tenían boca.

Mas al tropezar con tanto testigo.

—¿I éstos?—dijo, sacudiéndose como quique,

miéntras se arreglaba apresuradamente el uniforme, con el ánimo de cargarles a puñadas.

Pero algo debió pasar por su corazón; porque olvidándose al punto de su propio bochorno para honrar esa intimidad sorprendida por los extraños,—sólo les escupió estas palabras:

—Vén!—gritó, señalando el corralon; pues así se ganan las batallas, cholos de....!

El Cabo Rojas

EL CABO ROJAS

El Capitan X.—muy conocido en el Ejército por su nombre verdadero—tenia por asistente a un soldado que era una maravilla de roto i de asistente.

—¡Cabo Rojas!—gritaba el Capitan.

I Rojas, que no era cabo sino en promesas i refran, aparecia como lanzado por un resorte de teatro, la diestra en el filo de la vicera i en la costura del pantalon el dedo menor de la mano izquierda.

—Se necesita, señor Rojas, una friolera: vaya Ud. i busque por ahí unos diez pesos; porque ya estamos a ocho del mes i esta noche...

pero nada tiene Ud. que saber, i largo de aquí a lo dicho.

I si Rojas no arrancaba en volandas, alcanzábale de seguro un par de puntapiés, bota de caballería, doble suela, número cuarenta, que era lo que calzaba el Capitan.

I el Capitan no salia de estas fórmulas i tratos lacedemonios, reconociendo probablemente toda la razon que asistia a Don Quijote cuando en apesadumbrado tono decia a su escudero Panza:

—La mucha conversacion que tengo contigo, Sancho, ha enjendrado este menosprecio.

En cuanto al cabo Rojas, bien podia tardar un año en volver; pero en volviendo era de fijo con el dinero, que entregaba discretamente en disimulados i respetuosos envoltorios.

Cuando habia personas delante, Rojas hacia paquetes de boticario.

Otras veces no esperaba órdenes de su jefe para lo que era menester.

En tales casos colocaba en sitio seguro i a la mano del Capitan, sus entierros, que diez pesos, que unos cinco, segun andaban los tiempos i la cara de aquél.

En las noches en que el Capitan no salia i se acostaba temprano para yantar sueños i desechar penas, no se requerian mas discursos.

Rojas volaba puerta afuera a donde Dios sabia.

Aquello indicaba por lo claro que no habia ni medio i, en consecuencia, que el despertar seria con viento i marea para veinticuatro horas a lo ménos.



Segurísimo el Capitan X. de abonar esos miserables picos, no a la primera paga,—porque en campaña no pagaban,—sino al primer as en puerta con su sota a la vuelta, que solian darse, o treta parecida,—no se preocupaba de averiguar de dónde provenia aquel hilo inagotable de socorros milagrosos, tanto ménos cuanto que ni él era hombre de ahogarse en poco ni el semblante de Rojas acusaba remordimientos, o pesares.

Mui verdad que la cara de Rojas no tenia

mas que una decoracion de risa i complacencia para todas las representaciones; ora fueran simples comedias, ora dramas de corvo i capa.

Pero algo comenzaria a barruntar el Capitan por sospechas propias o hablillas ajenas, que nunca faltan; porque una mañana, a horas desusadas i sin haber para qué, desenvainó el espadon i jugando planazos al aire, llamó al asistente:

—¿Dónde está mi caballo mulato?—le preguntó.

—Está en el potrero, mi Capitan,—respondió Rojas sin pestañar.

—¡Vaya a traerlo sobre la marcha!

Rojas corrió al Estado Mayor en busca de uno de los compadres de su jefe, al cual refirió con mui comedidas palabras i prolijos detalles que la noche ántes habíanle robado, en cuanto se quedó traspuesto, uno de los caballos de su Capitan; pero que no fuera ni por Dios a decirle nada; que un peruano que andaba comprando animales del Ejército, lo tenia escondido i que bastaba, por lo tanto, una órden cualquiera para que lo entregara sin chistar, porque compraba a la mala i era cuatrero de oficio.

El hecho parece ser que aquellos negociantes, i no eran pocos, que buscaban caballos a poco precio i que en mas de una ocasion se alabaron de haber corrompido la ponderada fidelidad de los asistentes, pagaron varias veces el valor del mulato sin disfrutar de sus servicios en ninguna....

*
* *

Comiendo otro dia en casa de unas amigas, el Capitan X. se impuso con no pequeña sorpresa de que su asistente suministraba allí la carne a un precio que tenia agradecida a toda la familia.

Llegaron a pensar que el Capitan pagaba galantemente la diferencia, lo cual era grande i discretísimo favor en aquellos tiempos de pobreza social.

Poco mas o ménos, igual cosa ocurría entre las otras amistades del Capitan; pues parece que donde éste visitaba, Rojas se conseguía la clientela de las criadas.

No tuvo el Capitan para qué interpelar a su asistente acerca de tales magnificencias; porque luego se hizo público que algunos vecinos de Tacna se habian quejado al Cuartel jeneral de que una banda de soldados tenia el negocio de robar burros para vender su carne en la poblacion.

Al decir de los denunciantes, ya no se oia un rebuzno en muchas leguas a la redonda del pueblo.



El Capitan, como es de presumirlo, sintió vivamente aquella jugarreta de su asistente. No tanto importaba que él mismo hubiera comido carne de borrico; porque en guerras llegan casos peores; pero que tambien Ella, con su boquita tan mona!...

El Capitan requeria de amores a una hermosa viuda que era el dueño de casa en la que Rojas habia tenido la provision de carne.

A fin de borrar los recuerdos de este inciden-

te, si es que algo habian columbrado, el Capitan envió a la familia el obsequio de un servicio de té; pero casi a continuacion de su presente fué despedido con cajas destempladas.

La viuda sabia el por qué.

Rojas pareció altamente disgustado de un proceder que calificaba de ordinario, toda vez que, a su juicio, debian haber comenzado por devolver el regalo, i durante dos dias anduvo como pesaroso de algo que hubiera dejado atras.

En la noche del segundo, el Capitan despertó al ruido que hacia uno que trajinaba sin zapatos, pero haciendo sonar tiestos de loza.

—¿Quién va?—gritó desde su lecho.

—Soy yo, mi Capitan... Rojas...

—¿I qué lleva Ud. ahí?

Rojas vacilaba en contestar; pero al fin dijo:

—Es el servicio que habia quedado en casa de esa madama.

—¿I has ido a robarlo?

—Peor seria que ella... i como puede servir para otro caso!...

Despues de tres años de campaña, el Capitan obtuvo licencia para venir a Santiago i Rojas, naturalmente, se vino con él.

Todas las cartas de la familia [pedian] conocer a tal portento de fidelidad i cariño, no ménos que de alegres mañas.

Durante el viaje, un niño rodó del buque al mar i Rojas lo arrebató a las jolas, lanzándose por la popa, en medio de la estupefaccion de los pasajeros i tripulantes.

Instalado, por fin, en Santiago, durante un mes fué el ídolo de la casa i tambien de todo el vecindario.

Para la familia era él, despues de Dios, quien habia salvado, atendido i velado a su dendo.

I lo hartaban de comida i licores por lo que hubiera ayunado en la guerra.

Rojas, por su parte, sobrepujaba a todas las esperanzas.

El barria, servia a la mesa, cocinaba viandas a la peruana al par que referia batallas o cantaba tonadas de las «cholas».

La servidumbre de la casa parecia contajia-da con la actividad i eterno buen humor del héroe.

Con frecuencia se oían por aquí i por allá, en todas partes, risas contenidas.

—¡Algún cuento de Rojas!—decían bondadosamente las señoras.



Pero, toda gloria pasa mas pronto de lo que pensamos.

La de Rojas, en su paraíso santiaguino, tan solo duró un mes i algunos días.

Una mañana, la señora madre del Capitan, díjole a éste:

—Muy bien harías, hijo mio, en mandar a tu Rojas al norte...

—¿Por qué, mamá?

—Porque para entre hombres estará muy bien; pero aquí...

—¿Qué es lo que hace aquí?

—Aquí i en todo el barrio está haciendo el milagro de las aguas de Colina,—concluyó la señora en un acceso de tos.

El Capitan se encojió de hombros i como Rojas se iba, también se fué él.

El Naípe de la Alianza

EL NAIPE DE LA ALIANZA

La jente—i no fué poca—que vió desfilár por las calles de Lima la hermosa quanto impo- nente division que al mando del Jeneral Saa- vedra entró de vanguardia a la ciudad de los Reyes i de las princesas encantadas:

—¡Qué gracia!—esclamó mui satisfecha de haber dado a un golpe de ojos con la clave de tantos descabros:

—¡Qué gracia si casi todos son estranjeros!

I despues, aun en las postrimerías de la ocu- pacion, no habia manera de convencer a muchos de que Cárlos i Jorje Wood, Toro, Balmaceda i los demas que veian blancos, rubios i de ojos

azules eran tan chilenos como el cobre de nuestras cordilleras i el propio trigo de nuestros campos.

La causa del error venia ciertamente de la enorme diferencia que resultaba entre sus soldados i los que desfilaban en ese momento con tan viril apostura i majestuosa terquedad que ni la multitud apiñada en las aceras, ni las moriscas celosías, cuajadas de ojos negros como un cielo de estrellas; ni lo nuevo, extraño i pintoresco de todo aquello que tanto habian anseado ver, tenia fuerzas para apartarles la vista de los cuatro pasos al frente, que manda la Ordenanza.

Tal sobresalía la superioridad de color, de talla i robustez de los nuestros, que hubo de parecerles en la sorpresa del primer instante que eran extranjeros, queriendo decir europeos o blancos, en contraposicion a indios, estos rotos tan poco dados a las faenas del tocador i en tan poco tenidos aquí como buenos mozos.

Piensen ustedes ahora si se reirian entre ellos al saber que habian llegado a un punto del globo en que un «cumpa» de Melipilla o del

riñon de Colchagua podia pasar por algo como frances o sujeto por el estilo.

Puede que al presente, el amor propio quiera negar aquella impresion; puede que aquí mismo entre nosotros parezca lo que digo mas que crónica, exajerado romance; pero la verdad es la que queda espuesta.

Por otro lado, de los hunos en Roma no se habia hecho pintura mas asquerosa i horripilante que de los nuestros en Lima.

Los que huyendo de la invasion iban a refugiarse en ella, por el hecho mismo de no haberles visto ni la cara se daban a fantasear relaciones de las cuales aparecia que en comparacion de los chilenos, los pinos eran medianos, mansos los tigres i hasta bellos i humanos los chacales que osan en las sepulturas.



Pero tan poco fué pequeña la sorpresa de los nuestros al ver por primera vez--en Tacna mas cerca que en ninguna otra parte hasta entón-

ces,—los soldados que La Alianza Perú-boliviana mandaba a medirse con ellos.

Sabido es de todos que el grueso de esos ejércitos, del de Bolivia especialmente, lo rellenaban indios arrancados que no venidos de sus apartadas sierras.

De lejos, la palabra «indios» llevó, sin duda, a la memoria de los veteranos de la frontera, el inquietante recuerdo de los fieros e indomables araucanos, i mas de uno debió encomendar a Dios i no a sus puños la suerte de Chile; pero luego vieron para eterno alivio i confianza, que entre los indios de Aranco i los de por allá no habia mas relacion que la que media entre los desproporcionados frutos de la higuera....



Algunos lijeros rasgos demostrarán de pasada, lo que llevaban de ganancia los nuestros a un Ejército cuyos soldados, en gran parte, no tenian ni conciencia de la causa que se les obligaba a defender, no siendo para

ellos la patria el ámbito del territorio, sino lo que abarca el terruño, el hogar, el ganado i la tribu.

I nada de todo eso corria peligro en la guerra con Chile.—Seguros estaban en las cumbres de sus cordilleras i se les obligaba a bajar a la costa que odian i les es mortífera, para batirse por intereses ajenos, abandonando la dulce posesion de los propios en la lejana toldería.

Muchos creian que Chile era el nombre de uno de los tantos caudillos de las revueltas interiores.

Un gran número no hablaba español, sino quichua o aimará, i mas fácil era dar con oficiales instruidos en esas lenguas que no embutir la de Cervantes en aquellas cabezas tan rudamente apegadas a sus tradiciones i costumbres.

Mas ágiles i fornidos los indios de Bolivia que no los del Perú, tenian, no obstante, como éstos, este otro rasgo característico: la melancolía.

La música que los deleita es la de sus tristes i yaravíes; canciones éstas en que han logrado espresar las tristezas que cantan las soledades

de sus bosques i toda la lujuria de su sangre i su pereza.

Entre ellos no jime la guitarra ni trina el arpa ni alborota el tamboreo de las zambras chilenas.

La quena, flauta de caña i algunos dicen que hasta de canillas de difunto, que solo exhala quejas o bostezos, es el instrumento de aquellos cantares salomónicos.

Sus mismas borracheras concluyen a lágrima viva, tan naturalmente como en nuestro pueblo a puñadas i cuchillo pelado.

Un oficial chileno que recorría las alturas de Puno encontróse una vez con una caravana de indios que habian salido a sagradas romerías.

Acampados en un soto, todos lloraban a compas una garúa de lágrimas, pareja, callada, sin sollozos.

Movido por tal espectáculo, detuvo su cabello con ánimo de reparar el agravio que sufrieran esos infelices; porque le pareció que solo agravios i quebrantos podian conturbar a tanta jente.

Al cabo de muchas preguntas i adivinan-

zas vino a saber que lloraban la muerte de Atahualpa, delante de los cántaros vacíos....

Otro de los rasgos peculiares del indio es su porfiado apego al sitio en que nació.

Distante de la terruca, luego le coje el mal de la ausencia, languidece i muere como árbol trasplantado a tierras inclementes.

Luchando contra esa pena, muchos desertaban de las filas una i otra vez, arriesgando así la vida, a imitacion de los Foscari, por volver a respirar los aires del patrio suelo.

Estas deserciones se hacian advertir especialmente al final de las retretas en que las bandas militares ejecutaban los cantos queridos del indio.

Entónces solia acontecer que la música concluia en medio de un lloriqueo que, aunque tierno i conmovedor como era, no decia con la disciplina i espíritu militar de un ejército a quien se ha confiado la defensa de la patria, i hubo que desterrar del repertorio, por órdenes del dia, los tristes i yaravies.

De estos indios o serranos que allá los llaman, cayeron muchos en la jornada de Tacna, unos en calidad de finados, otros en la de heridos o prisioneros i era el pasatiempo de los primeros ratos de la victoria el verlos de cerca i convencerse de que con rifle en mano tanto daño puede hacer el chico como el grande.

En las visitas a los prisioneros se guardaba por lo jeneral respetuoso silencio en presencia de tanto infortunio acumulado en individuos de tan poca resistencia, aunque el estado en que los dejara la refriega i la espresion que les pintara el sobresalto, tentaba mas a risa que a compasion verdadera.

Unos se mostraban casi desnudos; otros aparecian disfrazados como para farsa de carnaval; porque en el instante de la arrancada todos habian tratado de arrojar sus insignias militares, o de trocarlas por prendas de neutralidad e inocencia, i en la prisa i angustias de la derrota poco se habian parado en armonías ni unidad de traje, de modo que con bajos de soldado o de paisano veíanse sobrepuestas vestiduras de señora o sacerdote.

Calculen ustedes si tal espectáculo tendria espectadores.

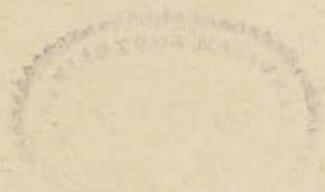


A los curiosos que una tarde rodeaban la primera cadena de prisioneros que iba a salir para Chile a usanza romana, acercóse un roto que debia de haber encontrado alguna casa sola i no mal prevenida, por lo mui paquete i alisado que andaba, de cigarrillo en la boca i kepí ladeado al ojo.

Todos eran comentarios acerca de tales cautivos; pero a media voz, entre los mirones, jefes i oficiales en su mayor parte; porque aquello dibujaba una lámina demasiado elocuente en sus propios i tristísimos colores para que necesitara de leyenda esplicativa.

Con todo, el roto del cigarrillo, despues de mirar por sobre el hombro al grupo de prisioneros, volvió las espaldas desdeñosamente:

—I con este naipe,—dijo, escupiendo—nos querian ganar!....



El Perro del Rejimiento

EL PERRO DEL REJIMIENTO

Entre los actores de la batalla de Tacna i las víctimas lloradas de la de Chorrillos, debe contarse, en justicia, al perro del Coquimbo,—perro abandonado i callejero, recojido un día a lo largo de una marcha por el piadoso embeleco de un soldado, en recuerdo, talvez, de algun otro que dejó en su hogar al partir a la guerra, que en cada rancho hai un perro i cada roto cria el suyo entre sus hijos.

Imájen viva de tantos ausentes, mui pronto el aparecido se atrajo el cariño de los soldados, i éstos, dándole el propio nombre de su Rejimiento, lo llamaron «Coquimbo» para que de

ese modo fuera algo de todos i de cada uno.

Sin embargo, no pocas protestas levantaba al principio su presencia en el cuartel; pues nadie se ahija en casa ajena sin trabajos;—causa era de grandes alborotos i por ellos tratóse en una ocasion de lyncharlo, despues de juzgado i sentenciado en consejo jeneral de ofendidos; pero «Coquimbo» no apareció: se habia hecho humo como en todos los casos en que presentia tormentas sobre su lomo.—Porque siempre encontraba en los soldados el seguro amparo que el nieto busca entre las faldas de la abuela, i solo reaparecia, humilde i corrido, cuando todo peligro habia pasado.

Se cuenta que «Coquimbo» tocó personalmente parte de la gloria que en el dia memorable del Alto de la Alianza, conquistó su Regimiento a las órdenes del Comandante Pinto Agüero, a quien pasó el mando, bajo las balas, en reemplazo de Gorastiaga.

I se cuenta tambien que de ese modo, en un mismo dia i jornada, el jefe casual del Coquimbo i el último sér que respiraba en sus filas, justificaron heróicamente el puesto que cada uno, en su esfera, habia alcanzado en ellas



Pero mejor será referir el cuento tal como pasó, a fin de que nadie quede con la comezon de esos puntos i medias palabras, mayormente desde que nada hai que esconder.

Al entrar en batalla,—madrugada del 26 de mayo de 1880,—el Rejimiento Coquimbo no sabia a qué atenerse respecto de su segundo jefe, el Comandante Pinto.

Porque en el campo de las Yaras, dias ántes solamente de la marcha sobre Tacna, el Capitan don Marcial Pinto Agüero, del Cuartel Jeneral, habia recibido su ascenso de Mayor junto con los despachos de segundo del Coquimbo i la sorpresa de todos los oficiales del cuerpo que iba a mandar.

Por noble compañerismo, deseaban éstos que semejante honor recayera en algun Capitan de la propia casa, i con tales deseos esperaban, francamente, a otro.

Pero el Ministro de la Guerra en campaña,

a la sazón don Rafael Sotomayor, que se daba i lo tenían por perito en el conocimiento de los hombres, dispuso lo que queda dicho el mismo día en que murió tan súbitamente, dejando a cargos del agraciado la deuda de justificar su preferencia.

Por estos motivos, que a nadie ofendían, el Comandante Pinto Agüero no entró, pues, al Regimiento con el pié derecho.—Los oficiales lo recibieron con una reserva que parecía beneficio de inventario, si no estudiada frialdad.

Sencillamente, era un desconocido para todos ellos; acaso sería también un cobarde.

¿Quién sabía lo contrario?

¿Dónde se había probado?

Así las cosas i los ánimos, despuntó con el sol la hora de la batalla que iba a trocar bien luego, no solo la ojeriza de los hombres, sino la suerte de tres naciones.

Rotos los fuegos, a los diez minutos quedaba fuera de combate, gloriosa i mortalmente herido a la cabeza de su tropa, el que más tarde debía de ser el héroe feliz de Guamachuco,—don Alejandro Gorostiaga.

En consecuencia, el mando correspondía—

¡travesuras del destino!—al segundo jefe; por lo que el Rejimiento, al saber la baja de su primero, se detuvo i dijo:

—Aquí talla Pinto!—como quien dice:

—Aquí te quiero ver, escopeta!

La ocasion,—instante, en verdad, supremo, era, en efecto, diabólicamente propicia para dar a conocer la lei cabal del corazon de un hombre.

I todos esperaban, mas no ya con malicias, sino con angustias, trascurriera ese instante preñado de tantas dudas.

—¿Qué haria Pinto?

Pero todo eso, por fortuna, duró bien poco.

Luego se vió al jóven Comandante salir al galope de su caballo de las filas prostreras, pasar por el flanco de las mitades que lo miraban ávidamente; llegar al sitio que le señalaba su puesto,—la cabeza del Rejimiento,—i seguir mas adelante todavía.

Todos se miraron entónces,—¿a dónde iba a parar?

Veinte pasos a vanguardia de la primera del primero, revolvió su corsel i desde tal punto,—guante que arrojaba a la desconfianza i al valor de los suyos,—ordenó el avance del Rejimiento,

sereno como en una parada de gala, únicamente altivo i dichoso por la honra de comandar a tantos bravos.

La tropa, aliviada de enorme peso, i porque la audacia es aliento i contajio, lanzóse impávida detras de su jefe; pero en el fragor de la lucha, fué inútil todo empeño de llegar a su lado.

El Capitan desconocido de la víspera, el cobarde talvez, no se dejó alcanzar por ninguno, aunque dos veces demontado; i concluida la batalla, oficiales i subalternos, rodeando su caballo herido, lo aclamaron en un grito de admiracion.



«Coquimbo» [por su parte,—qué en la vida tanto suelen tocarse los extremos!—habia atrapado del ancho mameluco de bayeta i así lo retuvo hasta que llegaron los nuestros,—a uno de los enemigos que huian al reflejo de las ba-

yonetas chilenas, caladas al toque pavoroso de degüello.

I esta hazaña que «Coquimbo» realizó de su cuenta i riesgo, acordándose de los tiempos en que probablemente fuera perro de hortelano, concluyó de confirmarlo el niño mimado del Rejimiento.

Su humilde personalidad vino a ser, en cierto modo, el símbolo vivo i querido de la personalidad de todos; de algo material del Rejimiento, así como la bandera lo es de ese ideal de honor i de deber, que los soldados encarnan en sus frágiles pliegues.

El de su lado pagaba a cada uno su deuda de gratitud con un amor sin preferencia, eternamente alegre i sumiso, como cariño de perro.

Comia en todos los platos; diferenciaba el uniforme; según los rotos, hasta sabia distinguir los grados, i por un instinto de egoísmo, digno de los humanos, no toleraba dentro del cuartel la presencia de ningún otro perro que pudiera, con el tiempo, arrebatarle el aprecio que se habia conquistado con una acción que acaso él mismo calificaba de distinguida.



Llegó, por fin, el día de la marcha sobre las trincheras que defendían a Lima.

«Coquimbo», naturalmente, era de la gran partida. — Los soldados, mui de mañana, le hicieron su tocado de batalla.

Pero el perro,—cosa estraña para todos,— no dió al ver los aprestos que tanto conocía, las muestras de contento que manifestaba cada vez que el Rejimiento salía a campaña.

No ladró ni empleó el día en sus afanosos trajines de la mayoría a las cuerdas; de éstas a la cocina i de ahí a husmear el aspecto de la calle, bullicioso i feliz, como un tambor de la banda.

Antes por el contrario, triste i casi gruñon, se echó desde temprano a orillas del camino, frente a la puerta del cañal en que se levantaban las «cruces» del Rejimiento, como para demostrar que no se quedaria atras i asegurarse de que tampoco seria olvidado.

¡Pobre «Coquimbo»!

¡Quién puede decir si no olía en el aire la sangre de sus amigos, que en el curso de breves horas iba a correr a torrentes, prescindiendo del propio i cercano fin que le aguardaba a él!

*
* *

La noche cerró sobre Lurin, rellena de una niebla que daba al cielo i a la tierra el tinte lívido de una alborada de invierno.

Casi confundido con la franja de arjentada espuma que formaban las olas fosforescentes al romperse sobre la playa, marchaba el Coquimbo cual una sierpe de metálicas escamas.

El eco de las aguas apagaba los rumores de esa marcha de gato que avanza sobre su presa.

Todos sabían que del silencio dependía el éxito afortunado del asalto que llevaban a las trincheras enemigas.

I nadie hablaba i los soldados se huían para evitar el choque de las armas.

I ni una luz, ni un reflejo de luz.

A doscientos pasos no se habria visto esa sombra que, llevando en su seno todos los huracanes de la batalla, volaba sin embargo, siniestra i callada como la misma muerte.

En tales condiciones, cada paso adelante era un tanto mas en la cuenta de las probabilidades favorables.

I así habian caminado ya unas cuantas horas.

Las esperanzas crecian en proporcion; pero de pronto, inesperadamente, resonó en la vasta llanura el ladrido de un perro, nota agudísima que, a semejanza de la voz del clarin, puede, en el silencio de la noche, oirse a grandes distancias, sobre todo en las alturas.

—¡«Coquimbo»!—esclamaron los soldados.

I suspiraron como si un hermano de armas hubiera incurrido en pena de la vida.

De allí a poco, se destacó al frente de la columna la silueta de un jinete que llegaba a media rienda.

Reconocido con las precauciones de ordenanza, pasó a hablar con el Comandante Soto,—el bravo José María 2.º Soto,—i tras de lacó-

nica plática, partió con igual prisa, borrándose en la niebla a corta distancia.

Era el jinete un ayudante de campo del jefe de la 1.ª division, Coronel Lynch, el cual ordenaba redoblar «silencio i cuidado» por haberse descubiertos avanzadas peruanas en la direccion que llevaba el Coquimbo.

A manera de palabra mágica, la nueva consigna corrió de boca en oreja desde la cabeza hasta la última fila, i se continuó la marcha; pero esta vez parecia que los soldados se tragaban el aliento.

Una cuncuna no habria hecho mas ruido al deslizarse sobre el tronco de un árbol.

Solo se oia el ir i venir de las olas del mar: aquí suave i manso, como haciéndose complice del golpe; allá violento i sonoro, donde las rocas lo dejaban sin playa.

Entre tanto, comenzaba a divisarse en el horizonte de vanguardia una mancha renegrida i profunda, que hubiera hecho creer en la boca de una cueva inmensa cavada en el cielo.

Eran el Morro i el Salto del Fraile, lejanos todavía; pero ya visibles.

Hasta ahí la fortuna estaba por los nuestros,

nada habia que lamentar; el plan de ataque se cumplia al pié de la letra; los soldados se estrechaban las manos en silencio, saboreando el triunfo; mas el destino habia escrito en la portada de las grandes victorias que les tenia deparadas, el nombre de una víctima, cuya sangre, oscura i sin deudos, pero mui amada, debia correr la primera sobre aquel campo, como ofrenda a los númenes adversos.

*
* * *

«Coquimbo» ladró de nuevo, con furia i seguidamente, en ademan de lanzarse hácia las sombras.

En vano los soldados trataban de aquietarlo por todos los medios que les sujeria su cariñosa angustia.

¡Todo inútil!

«Coquimbo» con su finísimo oído, sentia el paso o veia en las tinieblas las avanzadas enemigas, que habia denunciado el Coronel Lynch,

i seguía ladrando.—Pero lo hizo allí por última vez para amigos i contrarios.

Un oficial se destacó del grupo que rodeaba al Comadante Soto; separó dos soldados i entre los tres, a tientas, volviendo la cara, ejecutaron a «Coquimbo» bajo las aguas que cubrieron su agonía.

En las filas se oyó algo como uno de esos extraños sollozos que el viento arranca a la arboladura de los buques... i siguieron andando con una prisa rabiosa que parecía buscar el desahogo de una venganza implacable.

I quien haya criado un perro i hecho de él un compañero i un amigo, comprenderá, sin duda, la lágrima que esta sencilla escena que yo cuento como puedo,—arrancó a los bravos del Coquimbo, a esos rotos de corazón tan ancho i duro como la mole de piedra i bronce que iban a asaltar; pero en cuyo fondo brilla con la luz de las más dulces ternuras mujeriles este rasgo característico:

Su piadoso cariño a los animales.



A Dios a Lurin

BOTAR LOS ROLLOS

A DIOS A LURIN

BOTAR LOS ROLLOS

Era el inolvidable 12 de Enero de 1881.

El Ejército alzaba sus reales para marchar sobre Lima.

El día, desde el toque de diana, ese canto de dincas puesto en música,—había tenido todos los afanes de una gran mudanza: la emigración de veintitres mil hombres que se lanzaban a lo desconocido, a esos siniestros desconocidos,—la noche, el desierto i la muerte.

Cada encuentro era una lluvia de adioses,

promesas i apresurados encargos. Las niñas de Chile no pueden presumir cuántos de sus nombres fueron allí recordados entre suspiros que remedaban un beso.—En el fondo de todo, aun de la estraña alegría de muchos, vibraba una nota de ternura cuyo desborde contenía vigoroso apretón de manos.

I cuántas manos estrechamos entónces por últimas vez!

Larrain Alcalde con una barba nazarena de campaña, sentado sobre unos huesos de ballena que servian de taburete en el rancho del Comandante Pinto Agüero,—en plena arena,—escusaba los muebles i la pobreza del almuerzo por «motivos de viaje,» prometiendo ¡ai! otro de desquite en Lima.

Camilo Ovalle, con su mimbrosa talla i hermoso perfil de jóven griega, fumaba cachimba en su ruca de cañas, esperando el toque de marcha.

Aquella ruca recordaba un encierro de co-lejio.

Sobre el suelo una estera, encima unos ponchos i por almohada un capote enrollado que escondia una caja de habanos, único lujo que

lo ligaba a las elegancias de la vida de Santiago, que habia abandonado por la ruda pobreza del campamento.

¡Cuánta vida i cuánta hermosura en esa cara de 22 años!

I se lo llevó la gloria, temerosa de que en Lima el amor matara a besos a ese niño héroe i austero, digno de morir por la Patria, honrando con su sangre la victoria.

¡I tantos otros!...

*
* *

Dejé al Chacabuco i al Coquimbo, que vecinos estaban, para ir en peregrinacion de despedida a un sitio en que dejaba recuerdo mui especial, i de pasada darme la triste satisfaccion de recorrer por última vez el hermoso campo de Lurin, tan querido hoi como aquel recuerdo i todo lo que no ha de volver.

Formaban aquel sitio unos matorrales que crecian al canto de unas lagunillas cercanas a las viejas ruinas de Pachacamac, matorrales

que dibujaban como un bosque cuando uno se tendia en el suelo.

Allí me llevó una tarde con el hilo de misteriosa invitacion, un amigo i hermano de rancho... el gran soldado cuya muerte prematura lloró todo el Ejército, aquél que llevaba como herencia de abnegacion i de audacia el nombre del mas gallardo guerrillero de la independencia.

Tendidos sobre el pasto de la orilla, me dijo así:

—¿Se acuerda Ud. de lo que llaman jabon?

El jabon era un recuerdo de otros tiempos en aquella vida de campaña.

Despues de romper la cubierta de un paquete primorosamente atado, que a la legua acusaba la mano del amor que ha tratado de imprimir un «yo» en cada nudo i en cada pliegue, mi amigo continuó lentamente, como tratando de hacer mas solemne la escena que deseaba grabar en mi memoria:

—En la famosa despedida de Tacna, cuando ya habíamos andado algunos pasos, me llamaron de nuevo...

—Para que volviera solo, si recuerdo!

—I echarme este paquete al bolsillo.

—¿Ella!

—¡Ella!

I una sombra, como niebla de oro, pasó por los ojos de ese hombre que tenía el alma i el puño de los antiguos caballeros.

— —Mañana es año nuevo i Ud. escribirá por los dos en recuerdo de este instante,—concluyó mi amigo, como presintiendo que no tornaría a ver a su amada.

I perfumados con las rosas de ese jabon que de seguro era el único en todo el campamento chileno, nos hundimos en las aguas de aquellas lagunillas...

Si hoi me fuera dado volver a aquel sitio, creo habria de encontrar en él algo del alma, que allí quedó entónces, de ese guerrero tallado en la madera de que se hacen los héroes i los hombres que no olvidan jamas.

*
* * *

Cuando regresé al campamento, ya la sole-

dad nevaba sobre él esa tristeza indefinible de las cosas abandonadas, que tanto recuerda a la muerte.—Un crepúsculo de sombras que caía sobre el alma, como la tarde sobre la naturaleza, enlutándola.

Todos aquellos rincones i viviendas, una hora ántes llenos de caras amigas i del alegre bullicio de una pajarera, estaban callados i desiertos.—Una soledad que tenia ecos de sepultura i estaba cubierta de despojos, todas prendas conocidas de este o aquel uniforme, que parecían gritar al corazon:

—¡Se fueron!

Eran las cuatro de la tarde i empezaban a arder las ramadas que habian servido de cuarteles a los cuerpos i en las cuales se habia gastado tanto trabajo i fantasía.

Los soldados quemaban así sus naves, demostrando a su modo la resolucion de dormir en Lima o en el seno de la tierra; pero no de tornar al campo que abandonaban en son de combate.

Media hora despues nos reuníamos en torno de nuestra mesa de familia los empleados del Estado Mayor del Servicio Sanitario. Juntos habíamos salido de Arica, rodeando a nuestro jefe, el doctor Allende Padin, a bordo del buque almirante de la Cruz Roja, el *Paquete de Maule*, i juntos habíamos vivido hasta ese instante en la dulce intimidad de viejos amigos de las calles de Santiago i de compañeros de penurias i alegrías en el viaje, en la estadia de Curayaco i en Lurin.

Pero no fué alegre aquella comida, como lo eran todas.—A caballo sobre las bancas que servian de mesa, la espalda al viento, protejiendo el plato del polvo que pasaba en nubes, devorábamos a dedo i en silencio una mezcla de charqui i harina.

Otras nubes, mas oscuras que ese polvo, cruzaban sobre nuestros corazones como siniestro tropel de cuervos.—No íbamos a ser actores en el gran drama que se preparaba; no saldríamos a la escena; pero ¡qué tarea entre bastidores! El sangriento reverso de la medalla de la gloria, el horroroso detalle de lo que cuesta un triunfo sobre el campo de batalla, eso nos to-

caba: los heridos i moribundos; sus angustias, dolores, agonías i la impotencia de reemplazar al lado de ellos los cuidados del lejano hogar.

Nos repartimos como hermanos de una ración de pan i carne fría, que debía durar veinticuatro horas, i cada cual buscó su puesto, tras de mudo i cordial abrazo.



Quedéme yo en la ramada casera, escribiendo al galope de la pluma los últimos momentos de la marcha del Ejército, en la confianza de que me darian aviso oportuno i mui noble compañía el Cuartel Jeneral i el Rejimiento de escolta,—Cazadores,—los cuales debian pasar por mi puerta a las diez de la noche, segun rezaba la órden del dia once.

Escribí sin sentir el tiempo hasta que uno de los sirvientes de la Ambulancia, antiguo auxiliar de la 2.^a Compañía de Bomberos, apegado desde el principio a mí por esa confr-

ternidad de un querido uniforme, llegó a decirme:

—¿Qué no nos vamos, señor?

—En cuanto pase el Cuartel Jeneral.

—Si pasó hace dos horas!

—I tú ¿qué haces?

—Esperándolo a Ud.

Partimos al trote de nuestras cabalgaduras.

Desde lo alto del puente, miré el valle de Lurin, envuelto a esa hora,—la una mas o menos,—en una niebla luminosa que lo cubria como un globo de alabastro. La camanchaca lloraba sobre él sus lágrimas, vertidas en ténue polvo que se teñia de rosa al reflejo del fuego que ardía en las ramadas.

Se oian estraños crujimientos que parecian clamores desesperados i aquellas lenguas de fuego i humo que se abrazaban en las alturas cual nudo de sierpes, remedaban brazos que pedian al cielo en nombre de todas las madres, de todas las esposas, de todos los amores ausentes, el triunfo de esos hombres venidos de tan léjos por el honor de su Patria.

Dí mi último adios a los recuerdos que allí quedaban i seguimos nuestro camino, guiados

por los postes del telégrafo, única línea recta que orientaba un poco entre las huellas de los nuestros diseminadas en un espacio inmensurable.

A poco andar, encontramos en la repechada de una loma un convoi de carros de las Ambulancias, atascados hasta los ejes en la arena.

Se trabajaba por sacarlos en un silencio rabioso i desesperado.

Reconocí la manta i el sombrero del doctor Allende Padin.—El i sus ayudantes jalaban de las ruedas, unos a pié, otros a caballo, como simples postillones.

Algunas cuadras mas arriba nos dió alcance una caravana de chinos que caminaban al trote, jadeando bajo el peso de una infinidad de objetos que producian al chocarse un lijero campaneo.

Los pobres chinos, raza tenida por tan ávida i rapaz, devolvian en activa cooperacion la libertad que les diera el Coronél Lynch en el valle de Cañete i la racion de arroz que recibian en el campamento: verdad que los chinos habian vinculado al éxito de nuestra causa, seguro para su malicia, las esperanzas de una

redencion jeneral i de un ansiado desquite, que se dejaba entrever con todos los rencores i crueldades de que son capaces los débiles.— Sea como sea, es lo cierto que ellos trabajaron como acémilas, i siento no haya otra palabra que espese mejor la verdad.

Viendo los chinos que dos jinetes chilenos seguian la ruta de los postes, se lanzaron a la carrera hácia nosotros, diciéndonos a media voz, pero con viva emocion:

—Compale! compale! acá, acá!

Sin vacilar un segundo, cortamos en línea recta sobre el punto que nos indicaban i solo despues de media hora larga de trote, llegamos a distinguir al pié de los cerros que limitaban la pampa por la derecha, una especie de cordón mas oscuro que el suelo.

Allí acampaba el Cuartel Jeneral i su escolta, sujetando de la brida su caballo cada cual.

Por lo demas, ni una luz, ni una voz, ni siquiera un relincho, como si los animales estuvieran tambien en el secreto de los hombres.

Por fin llegamos a la que despues supe era el abra de la Tablada.—En la falda del morro de la derecha se destacaba un grupo de som-

bras inmóviles, tiradas en el suelo como cadáveres en el tablado de la Morgue.

Se nos acercó un oficial.

—Podría Ud. indicarme, le dije, el camino para llegar donde el Coronel Lynch?

—Ante todo, me respondió, bote Ud. el cigarro, porque estamos al frente del enemigo; —agregando que lo mas prudente era permanecer ahí, pues, para dar con el Coronel Lynch habia que cruzar el camino que conducia a las líneas peruanas, señalado cabalmente por los postes del telégrafo.

Era el Comandante don Javier Zelaya, de guardia a esas horas en el Estado Mayor, quien nos daba tan sano consejo.

Al tenderme en la arena, entre los bultos inmóviles, reconocí al Jeneral Maturana i sus ayudantes.—Se secreteaban como contrabandistas.

Una hora mas tarde, a lo que presumo, todos saltaron sobre sus caballos.

El reflejo de varias bombas de bengala acababa de rasgar la niebla.—I tras de ellas, los cerros ocupados por el enemigo se alumbraron con un triple cordon como de doradas lumi-

narias que hacian el efecto de una iluminacion veneciana.

En la pampa se veian vagar largas filas de luces, remedando lejana i fantástica procesion que a ratos se perdia, a ratos se elevaba, segun las ondulaciones del terreno; pero siempre en avance, trepando los cerros.

Era la division Lynch que asaltaba el Morro.

Al mismo tiempo tronó el cañon, mezclando sus notas profundas i cavernosas a la sinfonía de aguacero de los rifles.

Todo eso en el seno de la noche, que hacia invisibles a los actores, era a la vez la lluvia, el rayo i el fragor del trueno.

—Parece que estuvieran tostando cochayuyo!—me dijo mi asistente, inquieto i alegre como el tuno que siente las cuerdas del harpa. I se le iba el alma por largarse al medio de la refriega con su cruz roja.

Aun no clareaba.—Cruzando un portezuelo, encontré al Jeneral Sotomayor; no nos habríamos apartado diez pasos cuando sentí a retaguardia el estallido de una granada que creí era lanzada por los cañones peruanos. Todavía no sospechaba las perfidias del campo que

pisaban los nuestros.—Volví riendas i divisé al Jeneral cubierto de una cosa negra que rodaba a chorros por su manta; sus ayudantes lo rodeaban, creyendo, como yo, que aquello era sangre.—Su caballo ajitaba una mano rota i el Jeneral, sin desmontarse, le acariciaba la crin, tranquilizándole.

La pobre bestia acababa de pisar una de las mil granadas escondidas en aquel paso, que era obligado, i en el morro contiguo, que parecía hecho casualmente para observatorio de nuestros Jenerales.

Los peruanos habian calculado bien la colocacion de las bombas; pero lo lijero de su material i lo suelto de la tierra en que estaban escondidas, salvó a Sotomayor de morir en píldoras, como él decia.

Pero eran terribles para los infantes. En la cumbre del mismo morro un muchacho lloraba a gritos i un coro de mujeres demandaba socorro para él: otra mina le habia despedazado horriblemente una pierna.

El Jeneral, miéntras cambiaba de caballo, ordenó despejar esas alturas, que estaban como el cerro del Parque en una parada de Setiem-

bre.—Todas las mujeres de la division, sus chiquillos i muchos paisanos, habian tomado allí balcon para contemplar la fiesta, habiéndose venido de Lurin tras las pisadas del Ejército en cuanto retiraron la guardia puesta espresamente para contenerlos.



A todo esto, ya la mañana habia bordado una orla celeste sobre la cresta de los cerros.

Un cuerpo de infantería pasó por nuestra izquierda.— En una hondonada del terreno hizo alto.

Sonó un toque de corneta i al final se transmitió sucesivamente de mitad en mitad la voz de:

—Botar los rollos!

Seguió un silencio profundo i helado, cual si las aves de la muerte hubieran batido sus alas sobre todas esas cabezas.

Los soldados se apartaban por compañías

para dejar en las faldas de la loma vecina los rollos que llevaban a la espalda.

Habia llegado, pues, el instante de aliviarse para entrar en batalla.

Todavía el ardor de la lucha no calentaba la sangre, ni despertaba iras la muerte de ningún hermano.

Solo se sentía un doble frío: el de la madrugada i el de la muerte.

—¡Qué mundo de cosas, decía entre mí,— deben pasar por la memoria de estos hombres en este instante supremo! Qué de recuerdos no picaran el corazón como pájaros con hambre!

Así pensaba a fuer de novicio, cuando aquel fúnebre silencio fué de súbito interrumpido por un rumor como de jente que se despierta.

Sentíanse voces, trajines, querellas, risotadas por compañías i las órdenes secas de los oficiales que apresuraban la tarea.

Los que la habían terminado i como si al dejar sus rollos hubiesen abandonado también todo el amor de la vida, se burlaban alegremente de los que iban llegando a la misma faena, todavía tristes i cabizbajos.

Un roto le gritaba al otro:

—No lo acomode tanto, hermano, si a nadie entierran con eso.

Otro decía:

—Déjelo por ahí, señor, yo se lo mandaré a su mamá.—Talvez tenga algunas alhajas...

Riéndose a carcajadas de los que con mucho esmero se preocupaban de señalar i poner en buenas condiciones el atado de sus pobrezaas, cual si fueran a bañarse i nó a desafiar la muerte que vomitaban las bocas de cuarenta mil rifles.

I la algazara subia de punto.

Por hablar algo le pregunté a un soldado:

—¿Qué quiere decir botar los rollos?

—Escupirse las manos i apretarse los calzones!—me respondió el roto, haciendo la última operación.

Un toque de corneta impuso silencio.

El Rejimiento se formó en columnas i luego se deshizo en hebras que se alargaban, se alargaban como culebras hácia las cumbres.

Lo que siguió despues me parece lo he soñado.

La Batalla de "Los Futres"

LA BATALLA DE «LOS FUTRES»

Nuestro Ejército no contaba con Miraflores, la famosa batalla a la cual don Isidoro Errázuriz dió el nombre de batalla de «los futres» en un brándis que pronunció en el Hotel Maury de Lima, en la tarde del 17 de Enero de 1881, consagrando con tal apodo el heróico i pundo-noroso comportamiento con que jefes i oficiales enaltecieron aquella memorable accion.

Cierto que el Cuartel Jeneral se preparaba para todo evento i mas cierto todavía que el Coronel Lynch, sin apearse de su potro oscuro, desde las puertas mismas de Chorrillos se afa-naba por prevenir toda sorpresa, ordenando a

cada rato:—«Ocupen esas cerrilladas»,—por las alturas que dominaban el valle i caserío del pueblo.

I cuidados semejantes, desvelaban a los demás jefes.

Pero todo eso era mas bien, a lo que creo, el cumplimiento de elementales preceptos del arte de la guerra, que temor verdadero de que el enemigo tornara a levantarse despues de aquella tunda que resultaba ser—viendo el campo—mas que de manos de arrieros yan-güeses.

Por otro lado, visible era tambien que nuestras tropas, cubiertas de gloria, pero rendidas de fatiga, deseaban largo reposo.

Luego el instinto de la vida i su cortejo de pasiones—todo olvidado un momento ante el amor supremo de la Patria—volvía impetuosamente a los corazones con el ánsia con que tornan a su nido las aves que dispersa una tormenta.

El espectáculo mismo de los horrores sembrados sobre el campo de batalla, clamaba con igual fuerza por la paz en nombre de la humanidad.

No habria, pues, porque no contar aquí que nuestros soldados saludaron con hurras al tren engalanado de banderas blancas, que en la mañana del 14 entró a Chorrillos, conduciendo a los mensajeros de la paz.

Solo se firmó una tregua; pero ella era su comienzo a juicio de todos.

*
* *

La luz del dia 15 vino a reir sobre la fé de esa tregua i las esperanzas de tal paz.

Las dos de la tarde eran pasadas cuando turbó el plácido silencio de la gran llanura el estruendo de una descarga que pareció un chaparron precursor de un aguacero inmediato, i a poco sobrevino otro mas recio.

Como a un toque de prevencion, todo el campamento se alzó de pié, i unos decian:—
«¿Tan pronto?»

I otros gritaban:—«Traicion!»

Mas el fuego cesó, de tal modo que al retumbar instantes despues otra descarga, creyóse

sería caso aislado como los anteriores; pero esta vez, tras pausa cortísima, el chaparrón se convirtió en diluvio,—diluvio de pedrizcos sobre una plancha metálica, que no otra cosa remeda el formidable rumor de una batalla.

*
* *

¿Qué hacían, entre tanto, aquellos soldados que minutos ántes suspiraban por la paz que era la vida i la vuelta al hogar?

Confiados i desprevenidos; éstos en el baño; aquéllos aderezando el mísero rancho, léjos de sus armas en pabellones, todos acudían al punto en que flameaba su bandera.

Aquel deseo de reposo habíase súbitamente trocado en ira araucana.

Soplaban ímpetus de destruir i de matar.

Cuentan que al cruzar la plazoleta de la Escuela de Cabos, un soldado que corría en busca de su Rejimiento vió que los prisioneros peruanos, detenidos en ese edificio, se agrupaban imprudentemente en los balcones, curiosos i

hasta esperanzados en una revancha afortunada.

—Esta es la del diablo!—dijo el roto—i disparando su rifle, hirió a un infeliz que talvez oraba por la suerte de su Patria, así como nosotros pedíamos por la nuestra.



Conocidas son las peripecias de aquella tremenda jornada.

La division Lynch, mal herida en Chorrillos, resultaba de nuevo comprometida en primera línea.

La de Lagos habíase trabado de tan cerca con los contrarios que desde sus filas se veian claramente los colores de las banderolas de los guías peruanos, i mui luego se vieron, ademas, las caras de los mismos soldados, avanzado por grupos sobre unas piezas de montaña, que hacian fuego apegadas a la barranca del mar.

Advirtiése con espanto que esa batería estaba a vanguardia i se le ordenó retirarse.

A un regimiento de caballería, adelantado en una calleja, diósele tambien la voz de: «En retirada!» i la frase, aunque de táctica corriente, quebrantó muchos ánimos.

Si los que andaban a caballo se retiraban al trote ¿qué quedaba para los de a pié?



Dudo de que esta vida tenga otras angustias mas amargas, porque allí acontecia de pronto un caso inaudito.

Nuestros rotos, tan incontenibles i tan bravos en el asalto a campo raso, comenzaban a retacarse detras de las murallas que se alzaban por do quiera como para avivar en la carne humana su instinto brutal de conservacion.

De tapia a tapia, cruzaban el espacio como deshecha tempestad; pero ahí volvian a guarecerse.

Ponian sus kepíes en la boca de los rifles, alzábanlos hasta el borde del muro i los kepíes volaban acribillados a balazos.

Un paso en descubierto era, pues, la muerte.

Llegaba, por tanto, el caso extraño de tener que azuzar a esos leones que se dormían como cansados de su primer esfuerzo, i oficiales hubo que usaron sus espadas contra los héroes invencibles que en cien batallas no habían dado otro trabajo que el de contener su bravura.

Miraflores fué por esto la batalla de los *futres*.

Allí los oficiales no morían entre las filas.—Caían como Pedro Flores, Dardignac i Nordenflich, desde lo alto de las murallas, heridos en el pecho i en la frente.

Morían como el noble Marchant que tornaba al combate ciego de ira, despues de reorganizar a su Rejimiento despedazado i perseguido un instante para lavar con su sangre la reculada de unos cuantos pasos.

*
* *

Pero ¿cómo recordar en pocas frases todos los rasgos heróicos de aquellos viejos i de aque-

llos jóvenes que a la par arrojaban su vida contra las balas enemigas para resucitar el valor decaído de sus huestes?

Un niño del Coquimbo se apartaba de sus filas para besar en la frente a su hermano caído i decirle llorando:

— «¡No puedo quedarme a tu lado!»

El Comandante Pinto Agüero subía a caballo a pocas cuadras del enemigo para destacarse sobre los suyos i recibir a pecho descubierto el balazo que lo derribó en tierra.

El bravo Lagos, hermoso cual un Caupolican enfurecido, mostraba su manta blanca como el rei Enrique su penacho, sujetando con su ejemplo i su caballo a su division descuartizada.

El coronel Barceló, sordo a las balas, el pantalón en la rodilla i aferrándose a la crin de su montura como un novel jinete, llegaba de galope al bardal en que se favorecía un Regimiento.

Quiso hablar; pero los soldados le interrumpieron, desafiándolo a que él pasara primero. Por toda respuesta, el anciano Coronel, clavando su bridon, lo lanzó por un boquete.

I aquella cabeza, blanca como los azahares

de una novia, erguida i solitaria en medio del peligro, levantó al Regimiento, devolviendo a todos el lejendario valor del roto chileno.

— En otro sitio, el Comandante Búlnes, al frente de los Carabineros, llamaba a su segundo Alcérreca para decirle:

— Esto se va pareciendo a Tarapacá; si nos derrotan, el enemigo perseguirá a los nuestros por la carretera;— forme Ud. el Regimiento en mitades que la atasquen, porque en cargas sucesivas lo detendremos miéntras nos quede un soldado.

I su faz se animaba a una oleada de la misma sangre del Jeneral en Jefe que en Yungai habia cargado con todo el Ejército en un quebranto parecido.

El Comandante Alcérreca por su parte, sostenia la serenidad de las filas, respondiendo con toda calma a los oficiales que le comunicaban que los soldados eran fusilados a mansalva:

— Así son las batallas: mueren de uno i otro lado,—decia sonriendo.

Todo eso duraba ya un siglo cuando la fortuna cambió de parecer.

Nuestra línea comenzaba a afirmarse sobre el suelo que pisaba.—Al ejemplo de sus jefes, los soldados se alzaban resueltos a redimir la vergüenza de un instante de flaqueza.—Se les veía derribar a mano largos trechos de muralla i precipitarse por los claros con horrorosos chivatesos.

La vista de los Carabineros de Yungai, cruzando el campo a galope; la culebra de luz que el sol, al reflejarse en los sables desnudos, hacia ondular sobre aquellas cabezas, arrebató a los rotos i por todas partes se oían los gritos de:—Cargan los Carabineros! como animándose cada cual a responder a ese reto jeneroso de audacia.

Las baterías que habian pasado a retaguardia, colocadas en punto mas ventajoso, disparaban por andanadas descargas tan repetidas i parejas que apénas si un tiro desdecia de los otros.

En los montes que cerraban el campo por la derecha, repercutian con igual violencia los disparos de las otras secciones.

I en el mar, los buques de la Escuadra, que desde lo alto de la barranca se divisaban como grandes conchas de tortuga, carcomian con sus terribles bombas el terreno que ocupaban los contrarios.

I aquel fragoroso estruendo, retumbando en los cielos, multiplicado por los ecos, devolvía la fé a los corazones i uno se decía en lo profundo del alma:

—Chile no puede ser vencido!



Sin embargo, aun no habia noticia autorizada de victoria.—Hasta ese momento el triunfo estaba en que nuestros Jenerales habian logrado rescatar lo perdido en las sorpresas del comienzo.

Se comentaban estas circunstancias, cuando por el extremo de una callejuela de Barranco, arrastrado al galope por tres parejas de caballos, i tumbándose aquí i rasmillando allá las

paredes, asomó un armon de cureña cual carro que llevara al diablo.

Sendos jinetes manejaban los troncos i dos soldados venian en el asiento trasero, asidos con una mano al barandal, en tanto que con la otra... se atracaban de uva verde, arrebatada al pasar de algun emparrado del camino!

—¿Qué hai?

—¿Cómo sigue?—gritaron de varios puntos. Echando atras la cabeza,

—Están en la bolsa!—respondieron los rotos con la entonacion característica de quien habla con la boca llena.

Iban en busca de municiones; pero el enemigo ya «estaba en la bolsa».

Eran las cuatro i media de la tarde i en el horizonte que se habria delante de nuestro Ejército, comenzaban a divisarse grandes remolinos de polvo que corrian hácia Lima.

El polvo de la derrota!

Donde Muere

MI COMANDANTE!...

DONDE MUERE

MI COMANDANTE!...

Concluida la retreta de ordenanza, apagados los faroles a la puerta de la casa que ocupaba en Tingo el Coronel en jefe de la division de Arequipa—hoi Jeneral Velasquez—cada mochuelo se corria a su olivo para ver de enterar la noche como Dios le alcanzara.

Manitos de rocambor por aquí; pirquineos de monte por allá o una rifita de sin saber cómo con tal o cual remejo i verbena: esto era cuenta el diablo mas rebuscon podia cargar a la cuen-

ta de tantos hombres que allí estaban cual águilas en jaula i peces en redoma; pues en toda la circunsferencia del campamento no habia ni para remedio ventana a cuyas rejas cantar una coplilla de amor.

Esto por lo que hace a los niños.

La jente mas formal, si era dable mayor formalidad i continencia en todos, acorrillábase para el té, charlando hasta la media noche en sabrosas pláticas que despabilaban el sueño.

Sin embargo, las conversaciones por lo jeneral, no salian de este círculo magnético:—Chile i sus incabables perfecciones.

I cuando habia en la tertulia amigos estrangeros, la cosa solia ultrapasar la raya; pues dando cada uno suelta a sus recuerdos, se exageraba como a porfía i proporcion del cariño i la distancia, que tanto en la ausencia se ama a la Patria!

*
* *

En una de aquellas noches nos habíamos

reido grandemente con el relato de las aventuras i travesuras del famoso *Granito de Oro*, que hacia uno de los concurrentes.

Granito de Oro era un soldado de Coquimbo.

Viejo cangallero o poco ménos en las minas de su provincia, habíase enrolado voluntario al comienzo de la guerra, i en el Rejimiento ejercia por unanimidad de sufragios el cargo de payaso de la compañía de volatineros que se habia formado para alegrar la vida de campaña.

—El Coquimbo,—decia el narrador—llegaba al trote a la línea de Miraflores, reforzando nuestra ala derecha.

Pero tuvo que hacer alto, medio a medio de la zona del fuego, para derribar a puños, topadas i caballazos las tapias que impedian su avance.

Granito de Oro que ejercia sus funciones aun bajo las balas, viendo trabajar i caer a sus compañeros, sacó del rollo un elegante quitasol de señora, rateado en algun opulento retrete de Chorrillos, i cubriéndose con él, pataleaba tiritando, como quien capea un chaparron:

—Jesus, qué aguacero tan fuerte! gritaba Granito con grandes aspavientos.

El sol caía en llamaradas que en el suelo daban bote según la frase de un soldado i las balas eran las goteras que Granito...

Uno de los oyentes extranjeros cortó ahí el relato para preguntar si entre tantos rasgos de heróico valor, como había oído referir de nuestro Ejército, no se conocían algunos de notoria cobardía que, cual pinceladas oscuras, dieran a las luces del cuadro mayor realce.

—I no sería malo—agregaba con malicia—que ustedes me refirieran alguno, siquiera sea para dormir tranquilo con los chascarros que me cuentan, en todos los cuales resalta la nota dominante del valor chileno.

Bien creo yo en el coraje de los soldados de ustedes, porque con mis ojos he visto acciones que no son ni para contadas; pero juzgo que también ha de haber escepciones que comprueben la jeneralidad de la regla.

*
* *

La pregunta hizo un rato de silencio.

Los presentes se miraron, repasando sus recuerdos.

—De todo hai en la viña del Señor, mi amigo, — dijo por fin, uno de los contertulios.

Yo no me tengo por cantor pagado de la hombría de los nuestros; pero dígoles en conciencia que son mui raros los casos de evidente cobardía que han llegado a mis oídos, no obstante que, como Ud. puede presumirlo, he vivido en círculos en los cuales el pelambre del prójimo, sin ofender lo presente, era el recurso único cada vez que faltaba un libro que leer o se atrasaba la correspondencia.

Ahora para satisfacer a Ud. voi a contarle el caso del Comandante...

—El de aquel *lleulle*?—interrumpió uno.

—Pero ese no era de nuestro Ejército?

—Pero vestia el uniforme!—agregó otro.

El narrador habló entónces en secreto con varios de los circunstantes.

—Echalo afuera no mas; que una papa no hace cazuela,—respondieron éstos.

Todos se rieron de la nueva máxima i el del cuento continuó, diciendo:

—Ustedes se recuerdan de la tarde de Miraflores.

En la horrible trocatinta del primer momento, la tropa, desparramada i sorprendida, corria a los pabellones, cojia sus armas i unos hacía aquí i otros hacía allá, todos por instinto procuraban juntarse a su bandera.

Los cuerpos avanzaban sin esperar a nadie, de modo que muchos soldados quedaban a retaguardia, perdidos o acorbardados entre aquel dédalo de murallas, zanjas i callejas de ninguno conocidas.

Todas eran preguntas, afanes i carreras:

—Dónde está el 2.º?

—Ha visto al Chacabuco?

—Aquéllos serán del 4.º?

Cualquiera pensará, viendo las cosas de léjos, que para pelear i morir por la Patria, tanto da en las filas de este cuerpo como en las de tal otro.

Pero en el hecho no es así.

Se diria que hai, aparte del espíritu de orden i obediencia que rije al soldado, algo como un estraño refinamiento del espíritu de conservacion que en los momentos de peligro impulsa

a buscar a los compañeros, aunque mas no sea para morir entre caras amigas.

Bueno. En el enjambre de soldados que afanosos cruzaban el campo en demanda de los suyos, hubo uno a quien el miedo le sujirió mas de una vez el natural pensamiento de guarecerse detras de las tapias del camino; pero aunque jóven i recluta, el asco del qué dirán lo hacia seguir avanzando, solo i desorientado, hácia adonde sonaban los tiros i morian sus hermanos.

Asunto bien diferente, todos lo sabemos, es encontrarse desde el primer instante en medio de la refriega, que el ir despues por pasos contados a meterse en ella, saboreando el miedo a cada tranco que se avanza.

En estas condiciones marchaba el recluta, cuando de pronto ¡oh fortuna! divisó un grueso bulto galoneado i sumido hasta el kepí dentro de una zanja, tan discretamente apartada de toda vía que ni bala prolija ni ojo de aguilucho hubieran dado con esa liebre, a no ser el maldecido recluta.

Mirando con mas despacio, el roto, se convenció de que era el mismísimo bulto de su propio jefe.

I tambien le pareció que la Providencia en persona le tendía allí su manto, hermanándole el deber con el deseo.

I obrando en consecuencia, arrojó al suelo su rifle, i con tono i ademan de quien se sacrifica por otro:

—Dónde muere mi Comandante, ahí muero yo!—gritó denodadamente, al mismo tiempo que de un brinco quedaba de barriga junto a su jefe.

Así concluyó el cuento el narrador, viejo soldado de línea que cree i fía en la bandera como las niñas en su honor.

Los Relojitos

LOS RELOJITOS

No hai por qué negarlo.

La espedicion a Lima era el sueño de nuestro Ejército,—un sueño tropical poblado de visiones encantadoras.

Considerábase a la inquieta i galante ciudad de los Reyes como el término natural i glorioso de la ya larga campaña: así al ménos se creia entónces.

Ella tenia que ser la justa recompensa, el desquite debido a tantos sacrificios i fatigas.

Con tal diamante debia cerrarse la espléndida corona de cien victorias.

Esto por el lado del patriotismo.

Por cuenta privada, era Lima para la imaginación de cada uno algo como un pedazo de aquel cálido paraíso prometido por Mahoma a sus devotos.

Veíanla rosada i ardiente al traves de las llamaradas de un incendio que ardia en todas las cabezas.

De su seno parecían venir, soplando sobre todos los corazones, vientos cargados de babilónicas promesas: las bocanadas tropicales que maduran la caña i el café,—abrazadoras i libidinosas como besos de mulata cortesana.

Lima!

Lima!

I qué sueño mas patriótico a la par que caballeresco, si la Patria i el Amor son la empresa que en su alma lleva escrita todo guerrero de buena lei,—que el clavar la hermosa bandera de Chile en las torres i palacios de la metrópoli enemiga i probar un poco la renombrada sal de sus hijas, las andaluzas enteras i verdaderas del Pacífico?

Otro combate, el último i despues... ¡Lima!

El viejo cuento de las princesas encantadas.

Mucho mas prometía por Aspasia la juventud de Atenas.

Fué, pues, por todo eso i otro tanto que no digo, que el campamento de Lurin, tras de apresurada carta testamentaria a los lejanos deudos, tuvo un aire vivo de *dieziocho*, desde que circuló la órden de alistarse para marchar sobre la ciudad prometida.

Se hubiera creído que todos acababan de obtener de su amada una ansiada cita.

I tanto revisaban las armas como se cercioraban de que yacía en el fondo de la mochila la última camisa medio almidonada.

—Pero ¿i la batalla i la muerte?—preguntarán Uds.

—Bah! quién pensaba en eso!

Un viejo soldado de Granaderos aseguraba que las balas limeñas tenian soliman i carmin.

Decia conocerlas desde Matucana i Yungai.

*
* *

Qué de proyectos!

Qué de ilusiones!

I sobre todo ¡qué granizada de mentiras!

Sabido es que en el Ejército había gran número de soldados que a palmos conocían a Lima, los que ella espulsó en una hora de triste i mujeril rencor,—i éstos pasaban las horas en referir a sus compañeros, ávidos de adelantar noticias, por cada verdad un ciento de alegres i pintorescas bellaquerías.

—Han de saber, hijos míos, decía un roto, que en Lima regalan por un diez una botella de aguardiente que parece coñaque en lo amarillo; poco de agua, poco de azúcar i llega uno a estornudar.

Otro refería que los hombres se bañaban juntos i revueltos con las mujeres, lijero traje de por medio, i todos aplaudían la franqueza de tal proceder.

La negra Vicenta,—Celestina cuasi lejendaria en Lima,—era tan conocida de nombre i oficio como la mas pintada vivandera del Ejército.

Se daban citas para su casa, contando que de tapadas iban a ella señoras mui principales.

Pero no se creía hubiera calles con tales

nombres como «Siete Jeringas», «Comesebo», «Polvos Azules», etc., etc.

Los rotos se reían a carcajadas.—Esas eran «payas».

A las zambas habíanles sobrepuesto el apodo de empavonadas, por analogía ¡con el barniz aceitunado de los rifles.—Pero por no desechar nada, llegaban hasta reconocerles propiedades mediciales....

Un antiguo sarjento aseguraba queria ir a Lima únicamente para volver a ver negros de pasa i perros pelados, dos crias que el frio habia estirpado para siempre en Chile.

—Entre estas cañas, le respondia otro,—los negros pasan de invierno a invierno como las pulgas en el pellejo de los perros.

Las descripciones de las tiendas i joyerías eran cuentos como de la Lámpara Maravillosa. Inventaron algunos que en el campamento corrian planos que las señalaban punto por punto.—Ello habria sido un trabajo inútil, desde que sobran vaqueanos i lenguaraces.

Se hablaba tambien de que las calles de Lima estaban minadas para la defensa; que este secreto lo habia revelado el Cuerpo Diplo-

mático al Jeneral en Jefe a condicion de que en el próximo asalto se respetara a los extranjeros la bolsa i la vida, i de mil otras cosas semejantes se hablaba ademas; pero nada de toda la maquinaria guerrera de los contrarios importaba dos adarnes a los niños del Ejército.

Muchísima mayor sensacion producía la noticia, «sabía de buena tinta» de que las engreidas i rumbosas limeñas no usaban calzones i que en camisa dormían la ardorosa siesta en frescas hamacas que se mecían perezosas como al lánguido compas de una habanera.

Los rotos se miraban, alzando beatíficamente la vista al cielo, como el devoto que esclama: —Sea por el amor de Dios!

Pero todo este variado presupuesto de glorias, amoríos i granjeos, vino al último a gloriarse con el cuento de los relojes.

En llegando a Lima, puesto que se iba a pelear en calles i viviendas, solo los mui dejados, como decir los difuntos, no tendrían en qué ver la hora; i de esta manera el asunto de los relojes, síntesis humorística de todas las otras esperanzas que andaban bajo ese rubro, llegó a ser el estribillo de la canción de Lima

i la salsa de todas las bromas con que algunos oficiales se burlaban de esas ilusiones.

El mayor de un Rejimiento, especialmente, no soltaba la muletilla.

—¡Qué al calabozo!

—Pero, óigame, señor...

—Anda no mas, hombre, que ya es por poco; luego vas a tener reloj.

—¡Qué veinticinco palos!...

—Pero, mi mayor...

—No se te dé nada, para eso en Lima están botados los relojes i de allá somos.

I este era el consuelo de toda dolencia i trabajo i acaso de algo servia en sus pesadumbres a los pacientes del mayor; pues se contaba de seguro, ¡oh, manes del condestable de Borbon! con el juramento de los limeños de morir sobre las ruinas de su querida capital.

¡Lima tomada al asalto!.....

.....

Ustedes saben lo demas, si hubo Numancia o cosa parecida.

Los rotos saltaron, es cierto, sobre dos charcos grandes de su propia sangre; pero desde la entrada triunfal, el Ejército fué tomando el aire del médico que se acerca al lecho de un moribundo.

Entramos casi en puntillas.

I vaya un recuerdo por ejemplo.

Al llegar a la plaza de la Esposicion, término del camino de Chorrillos i puerta de Lima por ese lado, un Rejimiento rompió la marcha con la Cancion Nacional.

Al oir esas notas que habian tocado diana en la tarde de todas las batallas, alegres como los dias juveniles, queridas como el hogar paterno, todos se irguieron cual si en los corazones hubiera resonado la voz de ¡Viene Chile! semejante al grito que electrizaba a los viejos soldados franceses:

—¡El Emperador!

Una ráfaga de orgullo besó todas las frentes i hasta los caballos piafaron, como si esa música que comunicaba a los hombres tan jenerosa alegría, les llevara a ellos el perfu-

mes de la fresca alfalfa de los campos natales.

Pero un ayudante del Jeneral Saavedra llegó al galope i se cambió la tocata.

I fué talvez lo mejor.

¡Quién sabe si un abrazo de hermanos no rompe las filas en esa plaza, que era el punto de cita de los sobrevivientes!



—¿I los relojes?



Una tarde de Febrero,—casi al mes de la entrada a Lima,—varios oficiales departian alegremente a la puerta de su cuartel.

A poco pasó un soldado del Rejimiento por delante del grupo que formaban.

Andaba penosamente, apoyado en un palo que dragoneaba por la pierna izquierda.

—¿Qué tiene, Sepúlveda?— le preguntó con cariñoso interes uno de los oficiales, el cual por humorada del acaso no era otro que el mismo mayor del cruel estribillo de los relojes.

El roto se volvió, mirólo un rato fijamente.

—¡Qué he de tener, pues, señor, respondióle con amarga sorna: — los relojitos de Lima!...

I siguió cojeando a la luz del sol de los incas.

El Sarjento N....

EL SARJENTO N...

Nada mas a propósito para teatro de duendes i medrosas leyendas que la vieja i derruida fortaleza que a orillas del mar se levanta en el Callao:

—«El Real Felipe».

Todos los dramas, tristezas i horrores de esa noche de capa i espada que se llama el Coloniaje, aparecen monumentalizados en aquella vasta ciudadela que fué prision i cuartel a la vez.

Hoi es una lámina del tiempo solamente; pero tanto conserva su triste colorido que se diria que en el aire encarcelado en sus cuadras

solitarias i oscuras mazmorras, aun palpita un eco confuso de sollozos, de rondas, cadenas, bostezos i burdos juramentos españoles.

Durante la ocupacion chilena, el Jeneral en Jefe determinó arrasar esa fortaleza, i, al efecto, el cuerpo de ingenieros hizo los trabajos necesarios para volarla de modo que ni de ella quedaran rastros ni su ruina dañara a la ciudad.

Afortunadamente, el Jeneral Lynch vió mui a tiempo que este acto de inútil hostilidad solo hería el amor propio del vencido, sin darnos provecho alguno, pues de castillo al «Real Felipe» apénas le restaba el nombre.

I quedó en un sitio, para honor nuestro, ese recuerdo histórico.

La impresionable imajinacion de nuestros soldados, tocada desde la infancia por cuentos de aparecidos i fantasmas, encontraba en esa ruina imponente, adecuado escenario para todas sus fantasías.

Acaso mas de una vez desde los torreones que atalayan la majestuosa mole, vieron los nocturnos centinelas pasearse por los anchos fosos o cabalgar en los agudos mojinetes los

personajes de sus cuentos de ánimas en pena, tan populares en los cuerpos de guardia como las mismas hazañas de Los Doce Pares de Francia.—Porque se ha de saber que muchos de estos bravos que no temen a los vivos, tienen, como se dice tenía otro tan bravo cuanto ilustre guerrero,—el Jeneral Las Heras,—la calenturienta preocupacion de los muertos.

Así, hubo un período en la campaña en que las ánimas estaban como de moda.

Frecuente era que centinelas destacados en parajes solitarios cayeran desvanecidos en su puesto, cuando no hacian fuego contra bultos fantásticos, que llevaban necesariamente el traje blanco de rigor.

Como las cosas subieran de punto, se adoptó un extraño sistema para espantar a esas ánimas andariegas, que solian promover graves alborotos, i el sistema, no por extraño dejó de producir sus frutos, curando el mal de raíz.

Ignoro quién fuera el autor de la receta, pero ésta consistia en aplicar a los que tenian la desdicha de percibir cosas del otro mundo, raciones de varillazos que llegaban hasta doscientos, de conformidad con el número de bul-

tos divisados i la fantasía que se empleara en el relato del drama.

I sirva lo dicho como de introduccion a la trájica aventura que ocurrió en una noche de invierno a las puertas del «Real Felipe», por desgracia, no con duende ni fantasma, sino con un viejo i pundonoroso sarjento de nuestro Ejército.



El centinela que custodiaba la entrada que la histórica fortaleza tiene hácia el lado del mar, que allí llaman de *Mar brava*,—creyó ver durante uno de sus paseos un punto oscuro que se movia receloso i vacilante entre la gasa de la niebla llorosa i sombría de la media noche.

Detúvose a mirar i el punto negro pareció perderse en las sombras que proyectaba un ángulo saliente del muro, i todo quedó tranquilo.

Pero luego, a regreso de otra vuelta, el cen-

tinela tornó a ver en sombra mas cercana el bulto misterioso.

Como que aprovechaba de los trechos oscuros para ganar terreno, a la manera del pato que se zabelle i avanza por debajo de las aguas.

Aquello era, pues, evidente.

De este mundo o del otro, habia allí un sér que se movia i andaba, i lo que era mucho mas grave, que andaba i se movia en direccion a la puerta del cuartel.

—¿Quién vive?—gritó el centinela, cuando la distancia se|hubo estrechado hasta el alcance de la voz.

Pero solo respondió el jemido del viento en los techos i el acompasado roncar de las olas en las playas vecinas.

¿Qué diablos podia ser a esas horas, en aquel sitio i en tal guisa de fantasma?

Habia para confundir a un batallon; pero el soldado no debió pensar en cosa alguna sobrehumana, porque repitió la pregunta con habla que no tenia las vibraciones de ningun sobresalto, i sí esa entonacion especialísima con que los rotos espresan, como entre líneas, la

jenial advertencia, mui graciosa cuando es de broma, pero terrible cuando de enojo:

—¡No me venga con esas!

Mas con creciente asombro de su parte nadie contestó tampoco.

¿Seria algun animal, atraido hasta ahí por los desperdicios arrojados al foso?

¿Seria algun ébrio, compañero del Rejimiento o paisano estraviado?

¿Seria ilusion, espejismos de las nieblas o de su ánimo ya predispuerto?

Sin embargo un compañero, ébrio i todo, habria llegado hasta la puerta a derrumbar en ella el peso de su cuerpo.

Un paisano no se atreveria a tamaña peligrosa jugarreta.

I por último ¿qué animal ni qué espejismos ante esos movimientos calculados de ocultarse a la voz i de avanzar cuando se desprevenia?

Trabajada la mente del centinela por esta larga escena que hartos ribetes de burla tenia, concluyó por atufarse i se atufó en razon de las dificultades que presentaba el ministerio; pues bien comprendia, por una parte, que si daba una falsa alarma así quedaria en ridiculo como

seria reprendido i acaso mas, a propósito de las tales ánimas;—i por la otra, que no podia decorosamente dejar en tan dudosa situacion el prestigio de un centinela del Rejimiento a la puerta del «Real Felipe», en plena ciudad ocupada.

I traspiraba de cólera a la idea de que podia ser punto de burla i menosprecio.

Por eso fué que con alegría de gato que al fin logra aplastar a la esquiva rata, se echó precipitadamente la carabina al ojo i lanzando por tercera vez la voz sacramental,

—¿Quién vive?—repitió asperamente, al ver que el siniestro payaso de las tinieblas había corrido largo trecho, apegado al fleco de sombras que orlaba el muro, no dejando ya duda alguna acerca de su humana condicion.

Sí, allí estaba, al cabo, ese payaso.

La silueta de un hombre, una mancha como se diria en pintura, destacábase confusa sobre la pared, i mentalmente el centinela la tenia estacada como a un murciélago, con la boca de su carabina.

Sin embargo, trascurrió todavía un segundo mas, despues otro i nadie contestó a esa in-

terrogacion, última que concede la Ordenanza para distinguir al amigo del contrario.

I la mancha bamboleó de nuevo, alargándose para otro avance de sorpresa.

Un golpe de luz cortó, entónces, de un tajo las tinieblas i una misma onda del aire, violentamente ajitado, llevóse a los lejanos ecos el estampido de un disparo i el ¡ai! moribundo de un hombre que se desplomó sobre sí mismo como una columna tronchada en su base.

La guardia salió atropelladamente de las cuadras, preparando al tacto sus armas.

El oficial, impuesto de lo que ocurría, envió un piquete a reconocer el campo i alzar el cadáver, porque allí había un cadáver o poco ménos.

En efecto, a la triste i mezquina luz de un farolillo que completaba lo siniestro de aquel cuadro, reconoció la ronda, muda de asombro i de dolor, la faz agonizante de uno de los mas queridos sarjentos del cuerpo.

Sus últimas i leales palabras confirmaron la relacion del infortunado centinela.

Retenido en una fiesta de amigos, se había embriagado con ese sin saber cómo de los que no tienen costumbre de beber.

Su instinto militar i el pundonor de antiguo soldado, lo arrastraron hácia el cuartel, a tientas i descabelladamente.

No queria ser visto, i entre las brumas engañosas del licor parecióle hacedero acercarse al centinela, burlar su atencion o conseguir la complicidad de su silencio para amanecer, como siempre, en el puesto en que nunca habia faltado.

Ilusiones de la borrachera!

*
* *

Cuando el centinela fué relevado, dijo tristemente a un compañero:

—¡Me fatalicé, hermano!

I arrojó con desden su carabina al almerillo.

Yo lo conozco i sé que aun lleva auestas de su corazon, que nó de su conciencia, la amarga pesadumbre de aquel asesinato del destino.

Por Apuesta

POR APUESTA

Durante un tiempo de la ocupacion de Lima, sirvió de cuartel al Rejimiento núm. 2 de Artillería el parque del Palacio de la Esposicion, tan bello el parque como húmedo i tercianoso su terreno.

Los jardines de este sitio con justicia ponderado, aunque inferiores comó paisaje a los de nuestra Quinta Normal, eran sobre todo notables por su riqueza en plantas raras de la flora tropical.—Esto sin tomar en cuenta sus magníficos i variados edificios, la valiosa coleccion zoolójica i obras de arte, mármoles i

bronces, sembrados con verdadera profusion peruana en todo él.

I no estará de mas referir aquí el triste fin que cupo a las últimas, así tan hermosas como eran en su mayor parte.

El Jeneral Lynch, al tomar el mando del Ejército, ordenó restablecer en sus pedestales varias estátuas que habian sido liberalmente obsequiadas a diferentes personas; pero siempre quedó así como en el aire lo de que de un dia a otro harian el viaje a Chile a título de botin de guerra.

I una mañana amanecieron destrozadas a piedra i palos, las mejores de la coleccion.

Parece que algunos peruanos se dijeron:

—Si se las han de robar los chilenos...

A lo cual respondieron los nuestros en vista del primer destrozo:

—Si no las hemos de llevar...

I a la noche siguiente fueron destruidas las pocas que quedaban.

En cuanto a los pájaros i animales, corrieron éstos suertes distintas.

Por no tener cómo alimentarlos, el encargado del jardin tomó el partido de obsequiar los so-

brevivientes; pues comenzaban a morir de hambre. —De su cuenta, el chino que cuidaba de ellos, no pudiendo en su ínfima esfera hacer otro daño al Perú que el de contribuir a su despojo, instaba a todos para que algo se llevaran, diciendo en su media lengua i con una malicia que alegraba el odio pintado en sus ojillos de lentejas:

—Lleva no má! too pá tí; peluano mucho flegao.

I se volvía cuatro obsequiando lo que no era de él.

Por lo que toca al elefante,—el niño mimado de la tropa,—dicen algunos fué envenenado con el pasto que le daban. Como no alcanzara a saciar su enorme apetito la racion que podia sustraerse del forraje de la caballada, se impuso una contribucion de alfalfa a los yerbateros que pasaban por el camino. Agregan que uno de éstos, fastidiado de la sisa cotidiana, envenenó la cuota que debía entregar.

El hecho es que «Panchito»,—así lo llamaban los soldados,—cayó un dia para no levantarse mas i que con él acabó el mejor pasatiempo que tenían; pues «Panchito» poseia en alto

grado toda la increíble habilidad que distingue a su especie.

Cuéntase de él esta gracia, entre muchas otras.

Después de cada almuerzo i comida iban los soldados a travesear a su vivienda, tirándole panes i golosinas que el simpático paquidermo cojia al aire con la destreza de un juglar japonés.

Habíase familiarizado tanto con todos, que parecía distinguir a cada uno en particular.

Cierto día que «Panchito» se mostraba muy satisfecho con el juego del pan, un soldado le pasó una piedra entre dos mendrugos. Aunque desagradablemente sorprendido por el brusco cambio de especies, no dejó, sin embargo, traslucir su despecho.

Acaso le dolió más el coro de carcajadas con que sus amigos saludaron esa jugarreta soldadesca.

Como es de suponer, al poco rato nadie se acordaba ya de esta travesura, que se perdía entre otras mil, i así quedaron las cosas hasta el día siguiente en que «Panchito» probó tener tan desarrollada la memoria de los resentimientos como la de la gratitud.

Delante de su casa formó una mitad para hacer ejercicio; de pronto silbó en el aire una piedra que fué a dar bote cabal i pesadamente en el pecho del soldado que el dia anterior se la habia pasado por pan.

Todos miraron en la direccion del proyectil. Al frente sólo estaba «Panchito» que revolvia su trompa con cierto modillo que parecia decir:

—Mi amigo, donde las dan las toman!



Así, mas o ménos, se enteraba el tiempo dentro de aquel palacio que servia de cuartel.

Una tarde, a la hora de la siesta, esa siesta limeña que sujere al pensamiento todos los pecados orientales de la pereza,—varios jóvenes de la oficialidad del Rejimiento charlaban amodorrados a la sombra de una enramada vecina a la jaula de los leones. El padre de la tribu, echada la cabeza sobre sus manos, dormitaba junto a las rejas.

¿Qué creen ustedes que se le ocurrió a uno

de los oficiales, un alférez entónces, mozo crudo en todo tiempo, si los hai?

Pues dijo nada ménos:

—Voi a que al leon le tiro el moño!

Los demas compañeros, sin preocuparse de disuadirlo de tamaña barbaridad, le respondieron a una voz:

—A que nó!

Sin mas palabras, el alférez se dirijió a la jaula, introdujo el brazo por entre los barrotes, cojió al leon de la melena i dándole una fuerte sacudida, volvióse tranco a tranco al grupo, en medio del cual aventó un grueso puñado de amarillentos pelos de aquel cautivo rei de las selvas, a quien parece turbó por un instante la audacia no imaginada de aquel ultraje.

Cuando los soldados supieron el lance, dijo uno:

—Pero si no hai mas que ver cómo escupe mi alférez: llega a levantar tierra!

Un Duelo sin Reglas

UN DUELO SIN REGLAS

Destinadas a reponer las bajas del hospital, del plomo i del amor solian llegar a Lima remesas de reclutas sobre las cuales se echaban desde temprano los jefes de cuerpo, a fin de escojer como entre peras lo servible; pues era cosa averiguada que la mayor parte iba con todo el pelo de la dehesa, a pesar del noviciado militar de Santiago.

Grande empeño i no poco entusiasmo en todos ellos; buenos sarjentos instructores, muchos cabos con varillas i todo lo preciso en el cuartel para el aprendizaje; pero cerradas algunas cabezas como bala raza.

Afirmo yo que no es cosa para vista la enseñanza de los reclutas militares, esos bravos i modestos servidores que, ántes de escalar trincheras enemigas, comienzan por trepar las pantorrillas del infeliz que va adelante i de una simple pisada le sacan la bota o le mondan una cuarta de pantalon.

Tal espectáculo oprime el alma, porque allí la compasion vacila entre el instructor que cien veces manda a la derecha i noventa le tuercen a la izquierda, i el pobre recluta que de humillado i confundido no acierta con las presas de su cuerpo, siendo los gritos, amenazas i denuestos agua que le entra en las orejas.

I no se crea que las esplicaciones dejen algo que desear en punto a claridad; pues se sabe de aquel famoso instructor que decia a sus discípulos:—«Dar flanco derecho es lo mismo que flanco izquierdo, con la única diferencia de que es todo lo contrario».



A uno de los cuerpos de caballería tocóle de aquellas remesas cierto ejemplar de recluta que en torpeza para el manejo del sable no tenia humano parecido, no obstante de que en todo lo demas gozaba fama de avisado.

En virtud de lo cual recibia palos i frejoles casi por partes iguales.

Tanta torpeza llegó a parecerle maula a un sarjento, i pidió para sí la capellanía de apalear al recluta, pues no era otra cosa el cotidiano repaso de esgrima.

El paciente, sin embargo, no dejaba de sospechar lo que habia debajo de aquel interes por adiestrarlo, i un dia llamó a un lado a su maestro para decirle con mui buen modo:

—Vea, mi sarjento: no me apalee mas; yo tengo muchos deseos de aprender; pero ya está visto que las reglas no me entran i como yo he venido para pelear, me gustaria saber si llegando un caso, podria hacer algo así sin regla ninguna.—¿Quiere que probemos?

En un instante supo todo el cuartel la cándida solicitud del infeliz recluta.

¡Provocar a la mejor mano del Rejimiento!
Aceptado el convite de mui buena gana,

luego escojió el sarjento unas varillas que iban para garrotes i en un corral solitario ámbos se cuadraron frente a frente.

Con gran soltura i mayor confianza comenzó el maestro por armar su guardia, en cuyas etiquetas perdió un tiempo precioso, a lo que parece, pues, el recluta, así que lo vió a su alcance, fuésele encima a palo limpio i cerrado, en términos de no dejar defensa contra tal granizada.

—Tíreme con reglas!—gritó el sarjento con voz de mando, al ver la accion comprometida.

Pero el recluta, cegado como el arriero que cabalgó a don Quijote, no se daba punto de reposo.

—Tíreme con reglas, le dicen!—Tíreme con reglas!—repetia el veterano, ya medio embutido en un rincon.

Un coro de carcajadas salió de todas las rendijas del corral.

—No vé, mi sarjento,—dijo el roto, parando el molinete—que tantas reglas son un estorbo? De fijo que los peruanos no saben ni la mitad que Ud.

Un Viaje a Gusto

UN VIAJE A GUSTO

El Palacio de Gobierno en Lima tenia un rasgo característico: un portoncillo como de escape i aventuras hácia la calle que corre a sus piés, — Desamparados, — apartada del rio por un costado de edificios i unida al puente del Rimac por una encrucijada de plazuela.

Aquel portoncillo disimulado i estrecho, empolvado i rugoso, cuando lo conocimos, como una comadre jubilada, — comunicaba con misteriosa escalera que conducia a las habitaciones de la casa presidencial, situadas en el ángulo que avecina al puente.

En Lima, ciudad sevillana de rejas i dueñas,

mantillas i ojos negros, verbenas i cuchilladas de romance, como aquella de Monteagudo, que aun no se sabe quién la dió,—la puerta en cuestion servia de tema a muchas leyendas i habladurías; porque a estar a ellas, los Presidentes peruanos no siempre habrian llevado la banda con la clásica honestidad que los nuestros la suya.

Así se decia que la escalerilla conservaba las huellas de muchos zapatitos i como que se oia todavía en ella el rumor de faldas invisibles que se escurrian presurosas.—Si no eran aprehensiones seria que allí penaban, donde pecaron, las hermosas por quienes rechinaron, murmurando, los goznes de aquella puerta.

Con trazas de histórico contaban tambien este otro lance:—que cierta noche, la señora de un Presidente esperó tras de la escalerilla la vuelta de su despabilado esposo; que lo dejó pasar sin decir palabra; pero que, probando una vez mas lo de que el hilo se corta por lo delgado, — desquitó sus iras conyugales en la persona del nocturno edecan de esos servicios i que amen de los arañazos, le gritó de alcalde, peor que si le dijera «zamba

Canuta», pues de alcalde vocean en Lima al corredor de voluntades i finalmente, que el que se daba tales penas, reclamó del agravio al Presidente, i que éste con el espiritual cinismo con que ha pasado a la historia, tuvo a bien decirle a modo de consuelo i cívico estímulo:

—Amigo: todo cargo oficial tiene sus duras i sus maduras.

En todos estos chascarros algo habia de haber de verdad, atando colas; porque cuando llegaron los nuestros a Palacio, diz que hallaron en un célebre escritorio un tierno billete dirigido a cierta Madama X... Verdadero boletin de amor i de campaña que no alcanzó a partir a su destino.

¡Cartas de amor entre papeles de Estado!

*
* *

El Jeneral Lynch ocupaba en ese Palacio las mismas habitaciones que habian servido a don Nicolas de Piérola durante su dictadura, i presumo fuera a causa del tinte Rejencia del en-

diablado portoncillo, tan comprometente como una mala compañía,— que los peruanos se preocupaban mucho de saber la vida i milagros de nuestro Virrei.

—Uzába o nó del portoncillo!

Esta era la cuestion.

—Es sabido,—decian algunos,—que el Jeneral se retira a la una de la mañana de su tertulia predilecta; las mas veces solo, otras acompañado de un ayudante, siempre a pié.

Muchos referian haberlo visto a esas horas, sólo su alma, i sin espada, reconociéndolo al pasar por su histórica gorra i aquel lejendario Chesterfield que tanto aumentaba su elevado porte, i era a lo que creo, la única prenda de abrigo de su guarda-ropa, desde Valparaiso hasta Arequipa.

Otros aseguraban que el Jeneral solia escaparse en altas horas de la noche, cuándo por aquí, cuándo para el Callao a todo el correr de la máquina «Favorita».

Sea de esto lo que ustedes piensen, que nunca será lo mejor,— a fuer de cronista prolijo debo declarar, que en todo caso el Jeneral disfrutaba en Lima de un hermoso veranito de

San Juan, magnífica tarde de aquella juventud que aun recuerdan las antiguas vecinas de Valparaiso.—A ojos de una dama que lo vió en el baile que le dió la colonia chilena del Callao, el Jeneral no representaba en esa noche mas de cuarenta i cinco años i era, a su juicio, el mejor parecido de los concurrentes.

Verdad que mucho alumbra la gloria i majestad del mando, sobre todo cuando tales prendas se llevan cual él las llevaba, no como prestadas, sino hechas a su corte i medida.

Pero lo que mas se debe creer es que muchas de aquellas correrías i aventuras eran flores alegres con las cuales querian dar un rasgo mundano a esa gran figura que en su vida privada tenia intimidades lacedemonias i en el ejercicio del mando la forma tranquila e imponente de un grande hombre de Estado,— para ajustar al Almirante, siquiera por un canto flaco, a la tradicion galante del portoncillo presidencial.

I como si esa austeridad fuera un reproche retrospectivo a los mandatarios pasados, insistian de todos modos en sospechar mocedades en la vida del Jeneral.

—I si no fuera así, preguntaban algunos ¿cómo Lynch tan severo para toda falta habia de tener tanta induljencia con las travesuras amorosas de sus oficiales?

Esto era verdad.

El Jeneral no castigaba las jugarretas concernientes al renglon Pompadour de los mandamientos, si así puedo esplicarme; pero sin desentenderse de los hechos, se apresuraba a comprometerse por los subalternos, ofreciendo sobre tabla una reparacion por las armas, cuando la cosa pasaba entre iguales.

No era lo mismo con las faltas que por algun punto menoscabaran el honor del uniforme.—Su odio a las borracheras i bullangas de la calle rayaba en lo implacable.—Escapaba bien el que por ellas solo era separado a velas apagadas i se recordará siempre un caso de su tremenda justicia.

Dos señoras limeñas hicieron llegar a su conocimiento la queja de haber sido pública i groseramente ofendidas por un oficial chileno, cuyo nombre fué fácil averiguar, porque el hecho habia ocurrido en una de las estaciones del ferrocarril al Callao.

Todo era cierto, desgraciadamente. Salía de un banquete, acompañado de un amigo i estraviado por el licor, tuvo un olvido lamentable de sus deberes de caballero i de soldado.

El Jeneral reparó en el acto el agravio: la órden militar de la plaza, publicada al dia siguiente en los diarios, dió a saber la espulsion del oficial delincuente, en un decreto que tenia por fundamento dos adjetivos que eran otros tantos huascazos en la cara, uno al mal caballero, el otro al que deshonoraba sus insignias.

El compañero, escusado en gran parte por las mismas señoras, fué por tres meses a un ponton solamente, gracias a los honrosos informes que dieron sus jefes.

I con tal vara medía el Jeneral a todos, no por parejo sino en razón de su responsabilidad i de su grado.

Así llegó a tener a sus órdenes un ejército que será la honra eterna de Chile; que le hizo mas honor ante las naciones i dióle mas provechos con su conducta en medio de las tentaciones de la Cápua en que vivía que con su heroismo en los campos de batalla; porque

todo lo ganado en éstas, acaso no habria bastado a pagar las complicaciones i reclamos que su licenciá e indisciplina hubieran ocasionado.

¡Ai de nosotros, ai de Chile, si el comportamiento del Ejército hubiera sido otro, allí donde un quisque diplomático alzaba el gallo, haciendo cuestion de Estado del reclamo de cuatro mulas!

De igual modo llegó a inspirar tan profunda fé en su imparcialidad i entereza, que el pueblo vencido vino a mirarlo como a una Providencia que, en medio de las amarguras del vencimiento, le dejaba siquiera el consuelo de una justicia alta i serena, que escudaba a todos.

Pero en el punto de las travesuras galantes, ya lo hemos dicho.—Las oía risueño, casi complacido, como si fueran pájinas de Paul de Kock.

I eran, en realidad, escenas de este novelista los cuentos que le referian tarde i mañana, i mezclaban una nota alegre a la ruda i enorme labor que pesaba sobre sus hombros.

Los que suponian cosas mayores, ignoraban seguramente que ese hombre vivia en un rincon de palacio como un marino en el puente de su

nave,—austero, grande e imponente como un César honrado i glorioso.



Todo esto honraba a Chile i aun creo que a la especie humana; pero contrariaba bastante a los niños alegres del Ejército i de la colonia civil; porque el Jeneral estaba como latente en toda la atmósfera de Lima;—en la fiesta mas apartada se sentia su presencia como un vapor del aire.

—¡Si lo supiera!

I esta idea obligaba a tomar el paso a las ovejas descarriadas.

Dentro del balcon cubierto que formaba una galería al frente de sus habitaciones, parecia que penaba de dia i de noche.

Era ese balcon una trampa nocturna, una garita avanzada sobre el puente que comunicaba el centro de la ciudad con el famoso barrio de Malambo, a donde iban noche a noche los que

tenian por allí sus amoríos o buscaban el ruido de las cuerdas.

De regreso, tarde o temprano, todos tenían que pasar por debajo de «el balcon del Jeneral», i pasaban a la carrera, agazapados como liebres que flanquean el apostadero del galgo, cuando llevaban algun peso en la cabeza o en la conciencia.

I no se sabia a qué horas dormia ese galgo; porque varias veces habia hecho detener por la guardia de Palacio a mas de una liebre retrasada, que volaba a su madriguera.

*
* *

Cierta noche, una pareja que montaba un solo caballo,—Ella i él,—se detuvo en mitad del puente a favor de la sombra proyectada por el toldo de un chiribitil.

Uno de a pié, que le hacia tercio, se destacó en reconocimiento del balcon. — Pasó i tornó, dando la feliz noticia de que la garita se veia cerrada i oscura como una tumba.

—¡El Jeneral no estaba!

La pareja se aventuró, entónces, a cruzar ese nuevo Rubicon.

Pasaba al paso i faltaban unos pocos solamente para quedar en salvo, cuando crujieron los maderos de la galería, se alzó una de las vidrieras i por el hueco salió la voz del Jeneral, intimando alto a la enamorada copla:— El debía entregarse a la guardia i ella seguir sola su camino.

De un soplo, aquella órden echaba al suelo todo un hermoso castillo, como el eco del cuerno con que Rui Gomez arranca a Hernani de los brazos de su amada, en el instante en que la tiene por suya, i mas que esto, porque la nueva Elvira no podia volver al nido cuya puerta acababa de cerrar por fuera, aventando la llave al modo que Cortés quemó sus barcos.

Tantas angustias i contrariedades producía aquel mandato, que el jóven arriesgó un esfuerzo supremo:

—Pero, mi Jeneral, si va por su gusto! dijo como cantando el aria de los violines de Judía.

—Sí, señor, por mi gusto!—agregó la jóven que veía abierta cual boca de lobo la vivienda

que acababa de abandonar en tan dulce romance.

El balcon se cerró de nuevo i la pareja siguió camino del ramaje preparado, casi sin dar crédito a tanta fortuna.

Pero el Almirante sabia bien que las incorregibles flaquezas humanas no tienen jeneral en jefe.

Pelear con la Jente

PELEAR CON LA JENTE

Eran los buenos tiempos de Mr. Blaine i, en consecuencia, de la inolvidable intervencion de los Estados Unidos en nuestros negocios con el Perú.

En Lima no se hablaba de otra cosa.

Seríamos espulsados del suelo peruano; los dias de la ocupacion, acaso de los ocupantes tambien, estaban ya contados como las iniquidades de Baltasar.

Si teníamos la cándida petulancia de enojarnos, tanto peor para nosotros, porque entónces nos barrerian a patadas; patada yankee de

siete suelas.—Los peruanos querian decir talvez como de mula.

I semejante a un rayo de alegre sol sobre un paisaje de invierno, cierta indefinible alegría jugueteaba burlona en el rostro de los dueños de casa.

La venganza que no estaba en sus posibles, les caia aparejada de las nubes.

Demas está decir que las caras chilenas eran el reverso sombrío de aquella felicidad.

La idea de que porque Chile era una nacion pequeña venia una grande a atropellarla, llenaba los ojos de lágrimas i las conversaciones adquirian fácilmente la exaltacion de arengas patrióticas.

Se hubiera dicho, escuchándolas, que los yankees habian lanzado ya sobre Chile su saliva entabacada.

La sangre chilena soltaba, pues, todo el hervor de su fiereza araucana al fuego del horno en que vivíamos.—I uno proponia volar a Lima en despedida; otro, un nuevo rapto de Sabinas, o algo equivalente; miéntas éste se soñaba capitaneando en montoneras invencibles a los huasos de su tierra i aquél asegu-

raba que no habia nacido aun sobre lo ancho del mundo la jente que fuera a pasearse a Chile como el Ejército chileno lo hacia en el Perú tan sin cuidados.

Otros opinaban por que se diera Tacna i Arica a los ingleses, Juan Fernández a los alemanes i el alma al diablo a trueque de no sufrir sin venganza tamaño abuso de una fuerza dos veces bruta.

I en tanto venian los yankees, los niños del Ejército comenzaron a desahogarse en detalle con los vencidos, ejerciendo a toda prisa sus fueros de vencedores.

Pero los yankees no llegaron i los peruanos en privado la pagaron duramente, porque hubo violencias i provocaciones que no se vieron ni al principio de la ocupacion.

*
* *
*

Habia llevado al colmo la exaltacion de los espíritus, la llegada de Mr. Trescott a la par que otro inesperado acontecimiento que los

peruanos explotaron con su indisputable habilidad diplomática: el fin de Mr. Hurbult, muerto como por un rayo de la humilde estrella que se empeñaba en apagar.

Sus funerales fueron una espléndida manifestación del duelo de la sociedad limeña. Una señorita que veía pasar el fúnebre cortejo, se desmayó patrióticamente en muestra de ese dolor público, i durante la marcha le sustrajeron a Mr. Trescott el reloj, que resultó ser una prenda de gran estima i hasta recuerdo de familia.

Los peruanos, diestros en tocar el resorte de las fragilidades humanas, cojieron la ocasión por los cabellos i le obsequiaron otro que, en realidad, valía una fuerte suma.

Con éstas i otras del mismo tenor fuéronle recortando la melena al Sanson diplomático. Venía éste, como se recordará, en dominó de mediador entre ámbos malquistados i a intento de probar, sin duda, la imparcialidad de sus altas miras, siguió por aceptar a lo del reloj, casa, comida, carruaje i ropa limpia en el palacio del millonario a quien se le encargó tocar la flauta que debía encantar a la culebra de Mr. Trescott.

¡Qué culebra la de este señor que en sus ocios diplomáticos conferenciaba sobre minas con Mr. Paraf!...



De toda esa olla podrida de intervencion i de ministro tal o cual los rotos percibian el vaho solamente:—que Chile estaba a punto de ser envuelto en una guerra con una nacion que sumaba muchas veces al Perú i Bolivia juntos—i no preguntaban mas.

Filósofos prácticos por excelencia, dentro de su rudo fatalismo se habian hecho su composicion de ánimo i lugar.

Ante todo, tenian que ir a donde los mandaran i cartuchera al cañon.

Despues, para pelear estaban en defensa de Chile.

—¿Contra quién?

—Eso era lo de ménos!

—¿Contra cuántos?

—Ahí lo verian mas tarde.

Un día, cuando las cosas tocaban el período agudo de una crisis, el Comandante del 4.º de línea, hoy Coronel Zaldívar, siguiendo antigua i laudable costumbre, habló a la tropa en una de las formaciones de cuartel del asunto de la intervencion, a fin de que los soldados no anduvieran como loros, repitiendo paparruchas de la calle, i de que un cabal conocimiento de los hechos diéraseles mayor conciencia de sus deberes.

Todos escucharon en profundo silencio la plática del Comandante.

Se les hubiera creído conmovidos, talvez desmayados, ante la perspectiva de otra larga série de fatigas i peligros.

Pero no era mas que pura disciplina, porque al toque de «rompan filas» siguió el bullicio acostumbrado.

Risotadas i adjetivos como el puño, en el inglés de las Margaritas porteñas, cruzaban el patio de banda a banda.

Ya sabian a qué atenerse i empezaban a hablar el idioma de los nuevos contrincantes.

—¿I qué te parece?—le preguntó un oficial

a su asistente: ¡Vamos a tener guerra con los yankees!

—¿Qué me ha de parecer?—respondió el soldado: ¡Qué alguna vez habíamos de pelear con la jente!...

*
* *

Tal fué el juicio que mereció de los rotos la famosa intervencion de los Estados Unidos.

El Desertor

EL DESERTOR

El jóven Capitan que comandaba la compañía de Granaderos destacada en el pueblo de Pacasmayo, llegó una noche a la tertulia militar del Comandante don Ramon Carvallo Orrego, con un semblante que a las claras revelaba una contrariedad mucho mas grave que las cotidianas molestias que producian las majaderas i cobardes bellaquerías de las montoneras i aun la misma fiebre amarilla que por entónces se cebaba en lo mejor de nuestras tropas.

El Comandante Carvallo Orrego gobernaba a la zazon por Chile la provincia de aquel nombre i partidos de su dependencia.

Fué un buen gobierno que hizo honor a la administracion chilena, siguiendo puntualmente las instrucciones i el ejemplo del Jeneral en Jefe.

Al verlo así, cariacontecido i mui callado,
—¿Qué tiene el Capitan?—preguntó el Comandante.

—Que se me ha desertado un sarjento, llevándose las armas i el caballo,—respondió el aludido.

—Un sarjento de Granaderos!... ¿I sabe Ud. el motivo?

—Todos los contertulios se acercaron a escuchar la novedad.—El caso era por demas estraño, casi sin precedentes entre esos veteranos encanecidos en las guerras lejenarias de Arauco,—este jimnasio grande i salvaje en que nuestro Ejército, nuestro viejo e incomparable Ejército de línea, desarrolló los músculos de acero con que despues estrechó al Perú entre sus brazos.

Tras de un rato de pausa, el Capitan respondió:

—Presumo, señor, lo haya hecho por librarse de un castigo que se le iba a imponer; pues segun cuentan los soldados, el sarjento les

confesó que, aun cuando reconocia su delito, faltábale valor para sufrir una pena a sus años i con sus premios.

—I ahora ¿qué piensa Ud. hacer?—insistió el Comandante Carvallo.

Lo primero será buscarlo hasta que lo encuentren.—Tengo noticias mas o ménos exactas del rumbo que lleva.—Despues... si su señoría lo acordara... si en mí estuviera, yo lo perdonaria de todo corazon.

I nada pudo alegrar durante la tertulia la cara entristecida del jóven jefe.



Con el primer canto del gallo salió del campamento, en esa misma noche, un piquete de Granaderos.

Iba en busca del sarjento.

Iba de prisa.

I tambien iba triste i callado como la negra noche que lo envolvía; porque el soldado sabe

que la ordenanza manda lavar con sangre la mancha de la desercion.

Pero los perseguidores del viejo camarada anduvieron desgraciados en su pesquisa, ya porque erraran el camino, ya porque la noche, escepcionalmente oscura, no les permitiera seguir de galope al entrar a esas pampas de arena, engañosas i traidoras aun en medio de la claridad del dia.

Despues de inútiles afanes, el piquete regresó a Pacasmayo, siempre callado, pero ménos triste de lo que habia salido poco ántes.

No traia ni noticias del desertor.

No quiso la suerte que esos bravos lloraran la pena de entregar por sus manos a la severidad de la lei, que es la muerte con afrenta, al compañero de armas, caido en desgracia: tristísima escena de que han dado altos ejemplos los veteranos de nuestro Ejército de línea, en cuya alma se rompen las cuerdas del sentimiento, pero no las de la disciplina.



Como a los tres meses de este incidente, ya olvidado en el campamento,—el Comandante Carvalho Orrego hizo una visita de amigo i de vecino al gobernador de Tembladeras, mezquino lugarejo,—no ocupado por los nuestros—a unas veinte leguas peruanas hácia el interior de la provincia.

En conversacion privada i tras de muchas preguntas i noticias le contó aquel funcionario un hecho ocurrido allí con un desertor de nuestro Ejército, sarjento por sus galones i de caballería al parecer, tanto por sus arreos cuanto porque una vez a caballo no formaba mas que una pieza con su montura.

Contóle que un dia, a puestas de sol, llegó a Tembladeras aquel desertor; que pidió alojamiento en cierta vivienda, donde lo hartaron de toda bebida; pues mui temeroso el dueño de casa de un tal sujeto que tan armado andaba, se empeñó en dormirlo en union de otros vecinos; que durante el sueño le quitaron las armas i tambien el caballo i que al despertar, comprendiendo la celada en que habia caido, solicitó hablar con él.

—Lo trajeron a esta misma pieza,—continuó el Gobernador.

Al principio habló con mucho sosiego i comedimiento.

Quería las armas i el caballo para seguir su camino.

En su aplomo se reconocía desde luego al hombre familiarizado con todo jénero de peligros.

Solo un lijero temblor sacudía nerviosamente su bigote entrecano i espeso.

Oyéndole estaba, señor, cuando de pronto su soldado se interpone de un brinco entre el sitio que yo ocupaba i la jente que podía prestarme auxilio.

Habia sacado de la bota un largo cuchillo i en su cara podía leerse la inquebrantable resolución de recuperar lo perdido o batirse a puñaladas si era preciso, con todo el pueblo, comenzando por mí que estaba en sus manos.

Logré, por fin, que escuchara mis palabras.

Yo no pensaba en hacerle ningun daño, como usted puede suponerlo; aun me habia interesado vivamente por su conversacion sembrada de viriles rudezas.

Pero la traicion de que habia sido víctima lo tenia fuera de sí.

I ahora que lo pienso, vengo a convencerme de que el sarjento debió ver la posibilidad de que yo le entregara a sus filas i de ahí que prefiriera matar i morir entre nosotros.

Dí órden de que le devolvieran lo suyo; pero solo cuando se vió encima de su caballo, el sable al cinto, la carabina a la espalda, tornó a la calma.

Pidiéndome excusas por lo pasado, me dijo entónces con voz que traicionaba una profunda emocion:

—No me crea, señor, ningun criminal, sino un desgraciado que abandona su patria, su bandera i sus hermanos!...

I clavando su caballo, salió del pueblo sin mirar atras, camino del eterno destierro de la desercion i acaso de la muerte, mas piadosa; porque Tembladeras es ruta del Amazonas, a donde van pocos i vuelven ménos.



¡Estaba de Dios!

¡ESTABA DE DIOS!

En uno de los días del mes de Mayo de 1882 salía de Trujillo el Comandante en Jefe de las fuerzas que ocupaban el departamento de la Libertad, don Ramon Carvallo Orrego, ascendido a ese puesto por muerte del malogrado Coronel Urizar Garfias.

- Lo acompañaba el doctor Alcérreca, porque el objeto del viaje era visitar la guarnición de San Pedro de Pacasmayo i otros lugares que sufrían de la fiebre.

Un sarjento i cinco soldados de Granaderos les servían de escolta.

San Pedro dista de Trujillo unas cuarenta

leguas, de las cuales una parte se anda en un mal ferrocarril i el resto a caballo por una pampa mucho peor.

Se mandó un telegrama al término de la línea férrea para que de ahí despacharan un propio al valle de Chicama, — punto en que estaba la caballería, — a fin de que enviaran caballos a la última estacion.

No hubo tropiezos.

A las diez de la mañana, los viajeros dejaron el tren por las monturas i ahí comenzó lo duro de la jornada.

Quemaba el sol sin reparo, reflejándose en la arena del desierto, que en esa rejion semeja polvo de vidrios.

En cuanto abarcaba la vista no se divisaba ni una hebra de vejetacion.

Cuando mas, en una que otra altura se destacaban algunos cardos aislados que a lo léjos parecian centinelas, i de cerca brazos que amenazáran, señalando ríjidamente el cielo.

A las cuatro de la tarde, a buen paso, debian llegar, Dios mediante, al dichoso pueblo de San Pedro.

Pero no eran mas que las diez i quedaba lo mejor.



Junto con la fiebre amarilla, motivo de la visita, daban que hacer al mismo tiempo las numerosas i atrevidas montoneras que mantenian en continúa alarma a todo el valle.

Caían de noche, de dia, cuando ménos se pensaba, ora sobre caseríos desamparados, ora sobre viajeros infelices, salteando a todos tan prolijamente en nombre de la santa causa de la redencion nacional, que ni Ginés de Pasamonte ni el mismo Caco en persona habrian tenido punto que enmendarles.

Caer con la fiebre o en una celada de montoneras, eran, pues, cosas casi inminentes.

Nuestros viajeros, proseguian, sin embargo, su camino en ese amodorrado silencio de las marchas fatigosas, en las que el espíritu, resentido de la aridez del paisaje que miran los ojos, se adormece al lento vaiven del caballo.

Pero era natural que la idea de las montoneras les diera, al cabo, nuevo tema a la ya muchas veces apagada plática.

—Vaya que es cosa, dijo de pronto uno de los viajeros, — andar por estas pampas tan sueltos de cuerpo, despues de haber dado los detalles del viaje a los telegrafista, como decir a los montoneros mismos, porque todos son peruanos.

—De seguro, amigo, respondióle el otro,— que no haríamos esta gracia en Chile a ser peruanos, si la suerte hubiera trocado los papeles.

I callaron de nuevo; pero instintivamente miraron hácia atras. Estaban casi solos. Los cuatro soldados apénas se distinguian.

El sarjento era el único que a látigo i espuela, los seguia trabajosamente, fiel i porfiado en su consigna.

Hai que decir que el estado de la caballada del Rejimiento era deplorable a causa del incesante trabajo que ocasionaban las montoneras.

Luego saltó esta otra reflexion:

—Seria gracioso, dijo el doctor,—que cayera en manos de estos salteadores nada ménos que

el Comandante en Jefe del departamento de la Libertad.

—I tambien el señor Superintendente del Servicio Sanitario del Ejército de Chile,— respondió el Comandante, alborotando con malicia el buen caballo que montaba.

El viejo sarjento, sin perder palabra, miraba cejijunto el horizonte.

Quedábales todavía por andar un tercio de la pampa.

*
* *

— Pero si el sarjento no habia desplegado hasta allí sus lábios, ya no lucia el aire indiferente del mañoso huaso chileno, que parece dormir despierto cuando la jornada es larga.

Bastaba mirarlo para ver que lo dicho por los jefes habíase incrustado en su cabeza. Parecía sufrir ese minuto nervioso del artista que espera su llamada a la escena en una representacion de honor.

Alzados los hombros, estirado el cuello i

paseando sus pupilas, como el foco de una linterna, por las líneas de la pampa,—tenia la actitud engrifada del tigre que ha olido carne humana i la busca.

Era evidente que esperaba de un rato a otro la ocasion de portarse como quien era, esto es, como un sarjento de Granaderos al cual se ha confiado la guarda de su jefe.

Ahora se trataba nada ménos que del Comandante en Jefe de la Division.

En estas condiciones habrian avanzado unas quince cuadras mas, cuando el sarjento, lijero como el rayo, clavó espuelas a su corcel i colocándose a vanguardia del grupo, en actitud de cubrirlo con su cuerpo,—gritó en són de combate, sable en mano:

—Se nos vienen, señor!

Evidentemente: envuelta en una nube de polvo se divisaba una banda de jinetes que, a todo galope, cruzaba la pampa con la visible intencion de cortar a nuestros viajeros.

Apelóse a los anteojos; pero no se avanzó otra cosa que distinguir en medio de aquel monton que parecia correr en una manga de huracan,— mucha jente, centelleo de armas

blancas i puntos claros que debian corresponder a ponchos i sombreros de paja, todo confuso i abigarrado como eran las montoneras.

Lo único factible delante de aquella expectativa era torcer a la derecha para ganar unos matorrales que se divisaban a lo léjos, ofreciendo buen reparo.

Esta evolucion permitia ademas se juntaran los Granaderos rezagados, si tomaban la diagonal del cuadro. Así se hizo.

Al fin se agregaron éstos, i se siguió al galope.

Pero allí sobrevino un contratiempo lamentable.

No hai para qué decir que al doctor habíanle proporcionado el mas pacífico de los caballos del Rejimiento, — achaque que sufrieron en la campaña tanto los doctores como los literatos que no andaban en lo propio, por una galantería socarrona que parecia querer conciliar el sosiego de la profesion con la mansedumbre de la cabalgadura.

Era de tabla que, en viendo paisano, aun cuando éste fuera mas jinete que Centuaro,— todo cabo de cuadra, como presintiendo costa-

lazo i reprimenda, le hacia ensillar de fijo caballo que mas tarde no diera que hablar por sus demasías.

Por estas maulas i juntando a lo manso lo rendido, el que montaba el doctor no avanzaba gran cosa i los soldados, por no abandonarlo, retenian los suyos, todo lo cual entorpecia la feliz manibra, única esperanza de salvacion.

Con estas i otras, el grupo de los contrarios, ganaba terreno a ojo desnudo, en términos de que a las pocas cuadras ya no era cuestion el alcanzar los matorrales salvadores, sino de vender allí cara la vida i el honor.

A la voz del sarjento, los soldados desen vainaron sus sables i alistaron las carabinas.

Era todo lo que quedaba por hacer: interponerse al paso de los contrarios, dejando el camino libre a los jefes: una reja de su puños.

Por lo demas, el caso no era desesperado para ellos.—Cinco Granaderos podian «tallarle» a una montonera.—Recordaban haberse encontrado en otras peores i departian como si estuvieran en una caza de huanacos.

—¿Ve Ud. aquel de caballo blanco que viene a vanguardia?—le dijo el sarjento al doctor, sin

apartar la vista del punto que señalaba. Pues a ese, si le yerro este tiro, lo rajo de un sablazo.

Los mismos caballos, viejos caballos de guerra, se habian reanimado milagrosamente al ruido de las armas, cual si hubiera soplado en sus orejas la ráfaga aguda i caliente del toque de carga.

Jefes i soldados iban ya a romper el fuego, cuando uno de éstos, revolviendo alegremente su mulato, dijo con esa entonacion larga i aliviada de una cuerda tirante que se afloja de repente:

—¡Si son los niños, oohh!...



Eran los «niños» en realidad.

Prevenido del viaje del Comandante Carvallo, el oficial que mandaba la compañía de Granaderos destacada en Chicama, arregló un paseo para salir a su encuentro con los oficiales de la guarnicion i muchos vecinos del lugar, que se unieron espontáneamente en muestra

del aprecio que conservaban al jefe a quien tanto habian estimado durante su gobierno de Pacasmayo.

La numerosa comitiva de oficiales, paisanos, i asistentes hizo un alto de espera a la sombra de un pequeño bosque que se levanta no léjos del pueblo, i de ahí, cuando divisaron en lontananza a los viajeros, arrancaron al galope de sus corceles tras el alegre reto de:

—¡Quién llega primero!



Llegó el primero el jinete que montaba el caballo blanco.

Era el Teniente Pino de la 4.^a del Concepcion.

Tres dias despues, el doctor Alcérreca, recordando la aventura de la pampa, decia al sarjento que mandaba la escolta:

—¿Sabes la desgracia que ha ocurrido?

—Nó, señor.

—El Teniente Pino acaba de morir de la fiebre amarilla.

El sarjento quedó un rato pensativo. El jóven oficial le era especialmente querido, i Alcérreca esperaba alguna frase de sincero dolor por esa desgracia que habia entristecido a todos. Pero el veterano se limitó a decir con profunda conviccion:

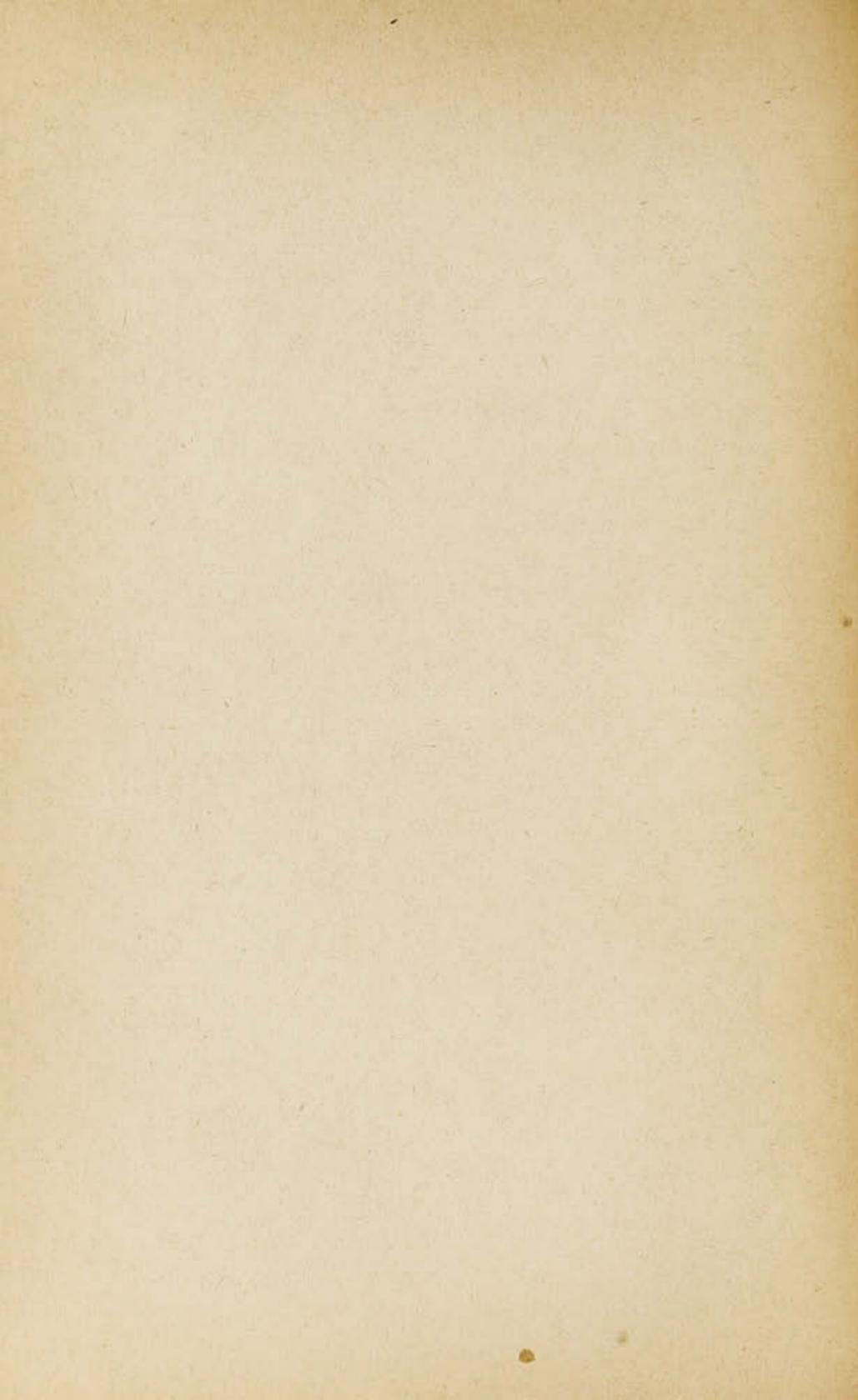
—Estaba de Dios, señor, que ese hombre habia de morir.—¿No le dije el otro dia que si le erraba el tiro lo partia de un sablazo?

I esto es todo para el roto chileno:

—Cuando está de Dios....

Así como toda oracion fúnebre al compañero o al hermano que cae, la encierra en esta frase mulsumana:

—Le tocó!



A otro Perro con ese hueso

A OTRO PERRO CON ESE HUESO

Muchos profetas que se daban por conocedores de los hombres i de las cosas del pais, anunciado tenian que a la desocupacion de Lima i del Callao por nuestras tropas, el contento del pueblo peruano habia de estallar sin barrera alguna i bullir como la espuma de un torrente que al fin rompe los diques que contienen sus ímpetus.

No dudo, por cierto, de que los peruanos al verse de nuevo libres i señores de su propia casa, dejaran escapar el mismo suspiro de alivio que exhala complacida la dama que suelta los cordones de su corsé i cambia estre-

chísima botina por la casera zapatilla; pues motivos no faltaban para desear tal desahogo... mas así como confieso el punto, con igual sinceridad declaro que no me tocó ver muestras ni chicas ni grandes del entusiasmo que se esperaba i algunos hasta temian con desbordes de apasionadas venganzas.

Tanto trabaja la costumbre i tan grandes son las mudanzas que apareja el tiempo, sobre todo en pechos de mucha llama, pero de pocas brasas, que llego a pensar que por entre los justos i medidos regocijos del patriotismo peruano, se asomó talvez en aquella ocasion la estrañeza de ver las calles sin soldados chilenos; calladas de tambores, músicas i de todo el barullo que armaban los diez mil calaveras que se paseaban por ellas, alegres i rumbosos; enamorados pendencieros, callando otras cosas.

Tal masa de jente no sale de una ciudad de la noche a la mañana sin que de ello se resienta siquiera la vista, habituada ya durante tres años a un espectáculo que mal que mal, no carecia de colorido i sonajera.

La verdad histórica es que se produjo cierta soledad que *pen*tristeció visiblemente las calles;

porque la salida de nuestro Ejército arrastró además con un mundo de jente menuda: toda esa vejetacion mundana, traviesa o especuladora que se pega a porfía a los ejércitos, así en Lima con los chilenos como en Paris con los alemanes,—i vive de ellos i para ellos, formando a su sombra otro ejército de faldas, tentaciones i quebrantos de toda ordenanza.

No hubo, pues, ni grandes alegrías ni pequeñas venganzas.

Creo lo segundo en razon de que los peruanos, odiando la nacionalidad, es decir, el conjunto de los chilenos, juzgaban individualmente de las personas por lo que ellas se hacian valer; i lo primero, porque la entrada del Presidente Iglesias i de su abigarrado Ejército restaurador a la orgullosa capital, solo fué para la gran mayoría de sus habitantes, otra forma, la mas odiosa, de la mismísima dominacion chilena.

*
* * *

Quedéme rodando entre Lima i el Callao

por ver aquellos momentos a mi sabor; deseaba participar de la alegría de un pueblo que en mis días iba a reconquistar su independencia i delante de mis ojos a enarbolar la enseña de su soberanía; pero no hubo nada que notar especialmente. Ví, por ejemplo, izar el pabellon del Perú en un cuartel del Callao, a eso de las diez de la mañana.

Le rindió los honores de ordenanza un piquete de infantes tan avellanados i de mala traza que los pocos curiosos que presenciaron esa ceremonia, que debió ser augusta i conmovedora, se retiraron entristecidos por no decir que avergonzados.

No representaban ni las escuálidas sombras de los soldados que acababan de entregar la plaza en manos de tales rejeneradores...

Porque no era ese el Ejército de Cáceres, el Ejército del Perú.

*
* *

Durante la noche de aquel día, las colonias

extranjeras, armadas de su cuenta, custodiaban las calles del Callao.

Chilenos quedaban unos cuantos.

Al ¡quién vive! de las rondas contestaban, mas por costumbre que malicia:

¡Chile!

Y rondas i transeuntes seguian su camino.

*
* *

El silencio era profundo en medio de la ciudad dormida i atrancada, cuando sentí a poca distancia de mi casa un ruidoso alboroto.

Serian las once de la noche.

Una voz avinada cantaba disparatadamente i a todo pulmon el himno de Yungai:

• «Cantemos la gloria
Del triunfo marcial,
Que el pueblo chileno,
Obtuvo, etc....»

No habia ciertamente, para qué preguntar

nada: como visto que algun roto perdido o resagado, creyendo mui justo que alguien lo provocara por chileno, se anticipaba a denunciar su nacionalidad en són de reto a todo el pueblo.

Cuando llegué a donde el cantor, una patrulla de la guardia extranjera lo rodeaba, empeñada afablemente en convencerle de que debia irse a su casa o aceptar el alojamiento que todos le ofrecian con el mayor comedimiento; pero el roto de borracho ya no entendia razones, empecinado cada vez mas en seguir solo su camino i su fortuna.

Se veia claramente que estimaba todas esas atenciones como una burda celada.

Los de la ronda eran amigos mios, especialmente el jefe, un distinguido caballero español, de manera que no habiendo nada que temer por la suerte del alborotado compatriota, me quedé entre las sombras para gozar del remate que a fuer de roto chileno habíale de poner al sainete en que estaba.

—Pero, hombre,—decíale el jefe,—debes tener confianza en nosotros, pues todos somos extranjeros como tú i amigos de tu nacion.

—Yo te respondo, — agregaba otro, — que nada te sucederá; vente conmigo a casa; yo te hospedaré.

—¿Qué nada me sucederá, nó?—¿Con qué nada, nó?—repetía socarronamente el roto al final de cada frase.

—No, pues, hombre ¿qué diablos quieres que te suceda?

—¡Já! já! já!—gritó el borracho a toda boca: ¡Se comen ustedes a los Presidentes i me van a respetar a mí!... ¡A otro perro con ese hueso!

La estrepitosa carcajada que soltaron los de la patrulla sirvió para desmontar al roto de sus sospechas, mucho mas eficazmente que los discursos anteriores, probándole que en realidad no estaba entre peruanos.

Pidió entónces la última copa i se fué a dormir a donde él sabia....

Un Burro Emparentado

UN BURRO EMPARENTADO

Hacia unas cuantas horas que el Ejército que mandaba en jefe el Coronel Velasquez se encontraba en Arequipa, reposando tranquilamente de las fatigas de la larga i penosísima ya que no sangrienta jornada que acababa de hacer desde Tacna.

Sin disparar un tiro habian escalado i descendido las ásperas alturas de Huasacache, chapa estratéjica de una de las puertas de la ciudad. Pero si los soldados no hicieron allí uso de sus armas, tuvieron en cambio que defender la vida a uñas al rodar por las barrancas, gatear por las peñas i subir por flancos que, en

la oscuridad de la noche, parecian cortados a pico.

Baste decir que los oficiales, apeados de sus cabalgaduras, que eran no solo impotentes sino peligrosas en tales pasos, desconocidos para todos, llenaron de arena sus botas granaderas en aquella jornada, que resultó ser mas digna de cazadores de gamuzas que de un valeroso ejército.

Pero cada uno en su casa i Dios en la de todos.



A retaguardia del Ejército venia naturalmente todo aquello que César llamó impedimenta.

Otro ejército pequeño de soldados, paisanos, cantineras, perros, chiquillos, arreos de mulas, trastos, ventas i carros con montañas de equipajes, en cuya cima se balanceaban como gallardetes en la punta de un mástil, ya la esposa de un sarjento, ya la querida de algun oficial,

confiadas a la guarda de ese perro tan fiel como todos los perros juntos: el asistente.

l todo eso hilado cual camino de hormigas; pintoresco i bullicioso al modo de una horda de jitanos que traslada su campamento.

Entre los de tal comitiva venia tambien un sarjento del 4.º de línea, en comision de guardar el equipaje de su Comandante Zaldívar, que no era mucho al parecer, pues todo junto cabia de sobra sobre el lomo de un borrico que el veterano habia movilizado en el camino.

Los burros, dicho sea, son especiales en Arequipa, así como Arequipa es la Jauja de los burros, i éstos merecen capítulo aparte para mejor intelijencia del lector.

*
* *

Dudo de que en otra parte del globo, sin esceptuar la tierra de los Faraones,—se tenga mas aprecio i se recompense con mayor gratitud que en la ciudad del Misti el trabajo i mansedumbre de estos humildes servidores.

Un borrico es allí un capitalito que con su trote diario alcanza a dar al pobre el pan de la familia.—Se les emplea especialmente en el acarreo de víveres de la ciudad a las campiñas circunvecinas, tan fecundas como hermosas.

Pero como son de carga, los hai tambien de montura, i así se ven burros de lujo con freno i silla; burros en pesebrera i burros con vistosos arreos jerezanos i arneses para amazonas de pró; pero la jeneralidad de los jinetes son muchachos o mozas hasta de veinte abriles, que galopan sobre ellos a piernas abiertas i a todo descuido.

Los manejan familiarmente con la palma de la mano; cuando mas una varilla i un silbo apagado entre los dientes, que semeja chirrido de ave de rapiña.

Por las mañanas, esas lindas mañanas de Arequipa, que avientan la tisis con los aires de sus alturas,—es de madrugar por solo ver el cuadro incomparable que forman aquellos jinetes al correr desaforadamente por los callejones, disputándose la delantera en medio de un alboroto que refresca el alma como una vision de la infancia.

Son los mozos i mozas de un pueblo que llevan al mercado el producto de sus chácaras.

A medio dia tornan a su terruño, paso sobre paso, adormecidos por el sol, contando en las faldas sus ventas, cantando sus amorcillos en patrios yaravies.

Madraso haría de aquello dos telas famosas: «Antes i despues de la venta»; — pero no sé cuál pincel que no revolviera un poco sus colores en la tinta con que se escribió el Quijote, podria pintar la escena amargamente cómica, que una tarde presencié en el camino de Tiavaya a Tingo.

^ I citaría aquí como testigo de ella, si la muerte no lo hubiera arrebatado, a mi amigo i compañero en [ese paseo, don Bernardo Salinas Letelir, que no me dejaría mentir, como dicen; pues allí mismo lo emplacé para recordarla cuando la ocasion se presentara: tanto comprendí que era para vista i no contada.

Veníamos del campamento del «Santiago» al tranco de nuestros caballos para disfrutar mejor de la incomparable hermosura de los paisajes de la campiña, que a esa hora comenzaba a llenarse, de las sombras i rumores

de la tarde. — Estos detalles hacen al cuadro.

A media jornada encontramos una familia de campesinos que emigraba toda entera sobre el lomo de un asno, remedando el cuadro de la huida a Egipto.

Jinetes iban en él un muchacho como de ocho años, un niño de pecho en brazos de la madre, ésta por consiguiente, i sobre la última tajada del anca, el José de la familia, el cual, de tiempo en tiempo, para alivianar al borrico i su propia conciencia, ora se apeaba, ora alargando las piernas que recojia al subir, afirmaba los piés en tierra i dábale nuevo impulso con un vigoroso envión.

Nos detuvimos a mirar hasta que se perdió de vista, ese grupo que habria hecho furor en una pantomima inglesa; pero no nos reimos entónces, porque todas las melancolías de la tarde i del destierro parecian impresas en el semblante de esos pobres viajeros.

I por este estilo, mas no tan recargados, se ven sobre los asnos figuras que serian completamente bíblicas a no destruir un tanto la ilusion el opulentísimo i vistoso desaseo de los caballeros i Amazonas.

Como he dicho, montan éstas a la jineta, i no es raro ver bajo un alegre sombrero de paja, cruzado de cintas rojas, caritas cuya fresca i aldeana belleza logra decir: ¡aquí estoi! al traves de las tiznes de un amasijo del polvo de los caminos i el sudor de sus frentes juveniles.

Al verlas así risueñas i tan hermosas, con sus ojos azules, cabellos rubios i mejillas doradas por el sol i los aires vigorosos de sus poéticas huertas, luciendo el rebajo de sus corpiños i la bíblica desnudez de sus pantorrillas, hija de una inocencia que se prolonga, al parecer, mucho mas que en Lima,—se llega a creer que los burros de Arequipa fueron hechos principalmente para ahorrarles a esas lindas muchachas la mitad de las penas de su laboriosa pobreza.

Prestando todos estos servicios, se comprende el justo aprecio que hace del asno la jente de allá.

A él le pertenece de derecho la caña seca de la abundante cosecha de maiz de todo el valle, i ésto i el diezmo son como deudas sagradas en la católica ciudad del Misti.

En cuanto a nuestros rotos, en sus relaciones

con el animal reverenciado de la localidad, hai que decir imparcialmente, aun cuando ello hiera nuestra cultura internacional,—que se permitian burlas irreverentes a su respecto.

Viendo los soldados que el nombre de Mariano era mui comun entre la jente del pueblo, dieron en llamar Marianos a los burros, por analogía con la cantidad, i llevando mas adelante la broma, se propasaban a remedar el canto provincial del habla i así decian a las bestias:

—¡Oyí, Marian!

—¡Andá, Marian!

Lo cual era tenido por reparo harto ofensivo.



Pero tiempo es de que vuelva al sarjento que, azarado iba con su encomienda i los tropiezos del camino.—Al rostro le salian las contrariedades del ánimo.

El sol declinaba i el tranco del borrico tambien.

Por mas que los de Arequipa sean famosos i aun cuando el de esta historia hubiera llegado a comprender que nada debia esperar de los enemigos de su patria, ello es que flaqueaba visiblemente al entrar al pueblo de Paucarpata.

A falta de otro estimulante, el sarjento se servia de su yatagan para avivar el fatigado paso del pollino.

La algazara de la caravana mantenia de planton a los curiosos lugareños en la puerta de las casas.—Bastante se habian divertido con su desfile; pero todo fué ver al burro del sarjento i entonar un coro de lamentaciones que resonó a despecho de todo temor.

Habíase despertado una especie de solidaridad patriótica a la vista de un burro,—buei Apis del lugar,—apaleado por un chileno; i no hai duda de que esa fué la forma mas cruel en que se les presentó la guerra i nuestra cantada ferocidad a los vecinos del histórico pueblo.

El sarjento, en tanto, de aburrido ya no veia claro i como redoblaran las voces de:

—¡Pobrecito!

—¡Pero si va tan cargado!

—¡I no puede mas!

Hubo de detenerse; enjugó el sudor que le corría en hebras i dirijiéndose al grupo mas enternecido, la mano puesta en jarra:

—¡Vaya! —les dijo. —Si hubiera sabido que éste tenía aquí tantos parientes, no lo habria traído!...

El Muerto

EL MUERTO

La ciudad de Puno,—si tal nombre puede darse a tan apacible i soñoliento claustro de cordillera, — ocupada fué por una brillante division del Ejército de Arequipa, con la misma paz i sosiego con que ésta lo habia sido poco ántes.

No habiendo hecho resistencia la altiva i guerrera capital del Misti, a pesar de haberlo así anunciado en su programa, no era, por consiguiente, Puno la llamada a hacer de Numancia en esos trances, i hubo de entregarse al vencedor con tanta mayor mansedumbre cuanto que la guerra llegaba hasta ella

como ecos de lejanos estampidos únicamente.

Los azotes de esa guerra no sonaban en sus carnes.

Parece que de Bolivia salieron tropas en su auxilio; pero luego de andar se encontraron con que no tenían voluntad ninguna de pelear contra los chilenos, como nosotros no la teníamos para ellos, i a un tercio del camino se volvieron.

De modo, pues, que salvo las molestias consiguientes a viaje de setenta i cuatro leguas serranas en áspero i lentísimo ferrocarril i el penoso alojamiento en la estacion de Vincocaya, todo lo demas pasó como en familia.

En Vincocaya,—Lla-Lai de la línea,—reina la puna angustiosa de las altas cumbres. El viajero mide allí catorce mil quinientos piés sobre el nivel del mar; pero esta repentina elevacion suele pagarse mas de lo que vale el honor de tan elevado pedestal. No hai mas que una vivienda, el hotel, i éste parece el casco del arca, tumbado allí despues de la retirada de las aguas que lavaron para siempre esas soledades.

A los viajeros los amontonan en dormitorios

sin ventilacion, a la manera que los holandeses embarrican sus arenques i cargan su pipa; pero se tiritita de frio bajo el peso de montañas de ropa i el agua amanece escarchada dentro de las jarras.

I como en un barco azotado por la tempestad, se oyen gritos de socorro de jente que se asfixia en una desesperacion igual a la de los peces fuera del agua.

En cuanto a Puno,... es el último patio del Perú por ese lado.

La poblacion se levanta, es cierto, a la márgen del lago Titicaca, pero éste va como arrancando de ella,—i empotrada se encuentra en el seno de la barranca que forman unos cerros gredosos en los que no nace un arbusto que altere la implacable igualdad del tinte rojo que los baña eternamente, salvo sobre éste o aquel faldeo en que se mecen al viento unos sembrados de pálida alfalfa que remedan mui bien, mas que otra cosa,—canas de viejo borracho sobre su faz amoratada.

No tiene, pues, la ciudad de Puno otro horizonte que la puerta que se abre hácia las aguas del lago.

Verdad que nada es tan hermoso como este mar que columpia sus olas azules i sus tempestades furiosas a 12,500 piés sobre las ondas del otro.

El tinte gris de la mañana, la dorada claridad del dia, las sombras i arreboles de la tarde i todos los caprichos de la luz i de las sombras vuelven a cada minuto ante los ojos extasiados, las páginas de ese álbum de acuarelas maravillosas.

En noches de tempestad, que allí son frecuentes en la estacion de las lluvias,—sus aguas se iluminan con estraña fosforecencia i el cielo ennegrecido llueve literalmente rayos sobre ellas, semejando todo eso el combate de dos monstruos sobrehumanos que se disputaran en las tinieblas el imperio del mundo.

Ante tal espectáculo, de sublimidad realmente salvaje,—se siente bien que el hombre, rei de la creacion, como se dice, no es, sin embargo, al lado de ella, con toda su grandeza, ni un átomo de los que flotan en la luz de esos lívidos relámpagos i en las gotas de esas olas enfurecidas.

I a la tempestad oceánica sigue despues la encantadora calma de un estanque de jardin i

el cielo i las aguas parecen sonreirse, como esposos que reñidos en la noche, se despiertan a la mañana reconciliados i felices.

Esta sola maravilla de arreboles fantásticos i de olas transparentes i tan mansas cuando lo quiere el viento, — bastaria para compensar con creces al viajero los desagradados del camino i la ruin pobreza de la ciudad vecina; pero el lago le muestra únicamente una ribera fangosa, sembrada de reseco pajonales en los que hozan i padecen unos chanchos éticos i tiñosos, que se tomarian por las sombras dejeneradas de los antiguos señores de ese suelo, espando en él la triste esclavitud que legaron a su estirpe.

Hai que subir a las cumbres que rodean a Puno i beber un poco del soroche de sus alturas, mui saludable en pequeños sorbos, — o navegar diez millas por entre pantanos, — para percibir algo de la grandiosa e incomparable belleza del lago Titicaca.

Se comprende lo que en semejante ciudad era la vida para nuestros rotos, inquietos de suyo i tan poco inclinados a las contemplaciones románticas.

Aunque mui avenidos con el escaso vecindario, carecian de toda distraccion i bien habrian trocado el lago i sus portentos por un plato de lentejas, mejor si de frejoles,—que allí no se cuecen,—hastados como el Júpiter de Orfeo del néctar invariable del Olimpo.

Aquella vida no era siquiera una siesta; era un eterno bostezo de fastidio conventual, cuyas peligrosas consecuencias en el ánimo de los soldados urjia impedir.

Comprendiéndole bien el jefe de la division, se empeñaba en tenerlos preocupados con la actualidad de algun trabajo o la expectativa de cualquier fiesta; algo que estirara las piernas i sacudiera los espíritus roidos por el aburrimiento de la inaccion.

A este fin i con motivo de no sé qué fecha, se resolvió ejecutar un gran simulacro de batalla en un campo cercano.

El Estado Mayor impartió, al efecto, las órdenes del caso en variadísimo programa.

Dividióse la tropa en bandos capuletos i montecos,—(i en poco estuvo mas tarde que por un perro lo fueran de verdad;)—cada bando con fuerzas de las tres armas.

Designáronse los vencidos i los vencedores i aun se señaló a los combatientes que debian caer como heridos en la refriega para que de este modo entrara tambien en accion el servicio de las Ambulancias.—A otros les tocó el papel de «muertos», para completo colorido del cuadro i era de ver cómo los rotos se ensayaban para tal representacion.

El último renglon del programa detallaba un almuerzo en una finca vecina, a la cual los soldados le dieron desde luego el nombre de «Morro de los Pequenes», por haber circulado entre ellos la grata nueva de que la Intendencia del Ejército habia entregado a los rancheros los materiales para una descomunal hornada.



Llegó, al cabo, la esperada mañana.

Los dos ejércitos ocuparon desde temprano sus campos respectivos; — al avistarse, las avanzadas rompieron el fuego; la division de ataque desplegó sus compañías guerrilleras, reforzándolas en seguida con el grueso de sus infantes;—tronó la artillería, amainaron los contrarios i sobre ellos cargó entónces la caballería en alas del hambre que devoraba a todos. Minutos despues, confundidos entraban al Morro derrotados i vencedores.

Detras de las Ambulancias que recojian a los heridos i a los muertos, cruzó el campo el Cuartel Jeneral, saludado alegremente por las bandas i los vítores.

Pero no habia avanzado gran trecho la vistosa comitiva cuando se vió detenida en su triunfal camino por el cuerpo de un soldado, que largo a largo, sobre la ruta, no daba señales de moverse al paso del Coronel en Jefe i de su Estado Mayor.

Hubo que detener los caballos para no pisarlo.

Aquello pasaba, pues, de castaño oscuro como insolencia si no era alguna desgracia verdadera.

Un ayudante se apeó apresuradamente para examinar al caído.

Viendo que no estaba ni ébrio ni accidentado, le gritaron, clavando espuelas en ademán de cruzarlo:

—¡¿qué haces ahí, animal?

Paróse el roto a las destempladas voces i llevando militarmente la mano al kepí,

—Soy muerto, señor!... respondió con toda la gravedad que prescribe la Ordenanza.

¡Qué cada roto, el de mas hilachas, tiene en su caletre una chispa de Quevedo, aun para el mas pintado!

INDICE

	PÁGS.
● La Derrota de Calama.....	7
«El <i>Huáscar!</i> ».....	27
El Canto del Gallo.....	39
La Toma del <i>Huáscar</i> en Panamá.....	47
La Guardia de los Santos.....	57
Como se Ganan las Batallas.....	65
El Cabo Rojas.....	75
El Naípe de la Alianza.....	87
El Perro del Regimiento.....	99
A Dios a Lurin.—Botar los Rollos.....	113
La Batalla de «Los Futres».....	133
Donde Muere mi Comandante!.....	147
Los Relojitos.....	158
El Sarjento N.....	169

	PÁGS.
Por Apuesta.....	181
Un Duelo sin Reglas.....	189
Un Viaje a Gusto.....	195
Pelear con la Jente.....	209
El Desertor.....	219
¡Estaba de Dios!.....	229
A otro Perro con ese Hueso.....	243
Un Burro Emparentado.....	253
El Muerto.....	265

